

NÚÑEZ DE ARCE, GASPAR (1834-1903)

LOS GRITOS DEL COMBATE

ÍNDICE:

PREFACIO
INTRODUCCIÓN
A QUINTANA
LA GUERRA
RECUERDOS
EL REO DE MUERTE
FOTOGRAFÍAS
CREPÚSCULO
¡TREINTA AÑOS!
A ESPAÑA
LA DUDA
¡AMOR!
ESTROFAS
MISERERE
¡EXCÉLSIOR!
A DARWIN
PROBLEMA
VELUT UMBRA
PRÓLOGO
¡POBRE LOCA!
A LA MUERTE DE DON ANTONIO RÍOS ROSAS
¡CARTAGENA!
A EMILIO CASTELAR
LUZ Y VIDA

RAIMUNDO LULIO
A un amigo de la infancia

CANTO PRIMERO
Profanación

CANTO SEGUNDO
Insomnio

CANTO TERCERO

La cita

TRISTEZAS

PARÍS

A LA PATRIA

HIMNO CON MOTIVO DE LA PAZ

ELEGÍA

A LA MEMORIA DEL INSIGNE HISTORIADOR Y POETA PORTUGUÉS

ALEJANDRO HERCULANO

SONETO

CUANDO DE TUS DESÓRDENES TESTIGO

LA LUZ Y LAS TINIEBLAS

ANTE UNA PIRÁMIDE DE EGIPTO

A UN TRAIADOR AFORTUNADO

SONETO

CUANDO EL ÁNIMO CIEGO Y DECAÍDO

A MI MUSA

DISCURSO SOBRE LA POESÍA

PREFACIO

[Nota ⁽¹⁾]

I

Accediendo a las reiteradas instancias de algunos amigos míos, me he determinado a coleccionar, con el título de GRITOS DEL COMBATE, los versos que bajo la impresión de dolorosos y trascendentales sucesos, y en medio del fragor de la lucha, he escrito, durante estos últimos años, acaso los más perturbados y revueltos de nuestra siempre revuelta y perturbada historia.

Tal vez parezca a algunos extemporánea la publicación; pero yo no escojo el momento; las circunstancias me lo brindan, y no quiero desaprovechar la ocasión que se me ofrece de saldar mis cuentas atrasadas con la revolución y con mi conciencia. Más lastimado por el espectáculo de las miserias humanas que por la violencia de los sucesos; triste, desengañado y abatido, siento cierta especie de melancólico orgullo en mirar desde las regiones de la poesía los desvaríos, las impurezas, el rebajamiento moral de esta época, tan exhausta de caracteres viriles como de virtudes cívicas. ¡Ay, pobre musa mía! Tú no estuviste ciega. Viste con claridad y desde muy lejos que no era posible cimentar nada sólido y permanente en el fango agitado de nuestras costumbres públicas, y estuviste en

lo cierto, cuando en enero de 1866, al estallar los primeros chispazos del incendio que nos ha consumido, exclamaste con previsora indignación:

No esperes en revuelta sacudida
alcanzar el remedio por tu mano,
¡oh sociedad rebelde y corrompida!
Perseguirás la libertad en vano;
que cuando un pueblo la virtud olvida
lleva en sus propios vicios su tirano [\(2\)](#).

Tampoco te equivocaste cuando en abril de 1868, es decir, seis meses antes del alzamiento de Cádiz, exponías en una lectura pública celebrada en el *Ateneo catalán*, con motivo de los *Juegos florales*, tus dudas e inquietudes sobre nuestro estado, y espantada ante el grosero materialismo de nuestra edad descreída, me empujabas hacia la soledad, de la cual ¡ojalá nunca hubiera salido! [\(3\)](#)

Pero las corrientes de la opinión, entonces irresistibles, la actitud unánime de mi partido, y el temor de que mis juicios y celos no se fundaran en la realidad de las cosas sino en el desabrimiento de mi carácter, algún tanto huraño, me arrancaron del retiro en donde vivía consagrado exclusivamente al restablecimiento de mi salud quebrantada. La revolución surgió de la noche a la mañana; el pueblo de Barcelona, a pesar de mi alejamiento y honrándome más de lo que yo merecía, se acordó de mi nombre, casi desconocido; eligiome individuo de su junta y me encomendó el gobierno de la provincia en aquellos difíciles y angustiosos días. No sé si cumplí mi encargo a gusto de todos; lo que sí sé -y por ello doy gracias al cielo-, es que mientras ejercí el mando no se malgastó, como en otras partes, un solo céntimo del Erario público en expansiones revolucionarias, no se cometió atropello alguno, ni se derramó una sola gota de sangre. Llamado a Madrid, recibí la comisión de redactar el *Manifiesto* de 26 de octubre de 1868, en el cual el Gobierno del país expuso sus aspiraciones liberales, sus propósitos de reorganización política, e hizo por primera vez declaraciones terminantes y solemnes en favor de la monarquía. Pertencí después a las Cortes Constituyentes; voté, sin vacilaciones hipócritas ni reservas mentales, la libertad religiosa con todas sus consecuencias; contribuí a la elección del rey D. Amadeo de Saboya; aprobé o rechacé, según mi leal saber y entender, las reformas que entonces se propusieron, y formé parte, así en la próspera como en la adversa fortuna, de la fracción en que figuraban los elementos más templados de la revolución de septiembre, si no siempre convencido, al menos siempre disciplinado.

Elegido también diputado para las primeras Cortes ordinarias del reinado de D. Amadeo de Saboya, y las siguientes, trabajé, luché, hice cuanto pude con el fin de que se mantuviera en aquellas críticas y azarosas circunstancias la conciliación de los partidos que habían levantado la nueva monarquía. No soy orador; ni mis condiciones físicas, ni mi genio retraído, ni mis inclinaciones literarias me han permitido jamás terciar en esas ruidosas luchas de la palabra, tan vivas, tan ardientes, tan apasionadas, y algunas veces tan desastrosas. Pero en la prensa, en mis conversaciones amistosas, en las conferencias políticas, donde quiera que mi voz podía ser oída, excitaba a la concordia, y señalaba los peligros de una ruptura que irremisiblemente había de causar la perdición de todos y el

aniquilamiento de la patria. ¿Qué podía yo hacer, sin embargo, contra la conjuración de intereses bastardos, ambiciones impacientes, envidias implacables y apetitos desordenados, agrupados y fundidos para aquella obra de destrucción y vergüenza? Hombres más autorizados que yo, obscuro soldado de filas, voluntades más firmes que la mía y en más altas esferas colocadas, pretendieron en vano oponerse al vértigo que se había apoderado de los partidos, y poner un dique a aquella corriente desbordada de malas pasiones. Todo fue inútil: la catástrofe sobrevino, y desde aquel momento la revolución de septiembre degeneró en locura. De intemperancia en intemperancia, de caída en caída, hiriendo ciegamente los sentimientos más respetables, dislocando o disolviendo las fuerzas de resistencia, atreviéndose a los mayores absurdos, rodó, causando estragos, hasta el fondo del precipicio, como el alud que descende de las cumbres; entregó la nación atónita y desarmada a las febriles sacudidas de la demagogia; robusteció con los desesperados y ofendidos las mermadas huestes carlistas, y después de habernos hecho pasar por los asesinatos de Alcoy, por las ignominias de Barcelona, por los delirios sacrílegos de Cádiz, por los crímenes de Cartagena, y por las más increíbles saturnales parlamentarias, cuando el terror había invadido todas las conciencias y el sentimiento del peligro debilitado el amor de la libertad en todas las almas, acabó ¡digno término de su extraviada vida! por ponernos, con general alegría, a merced de las sediciones militares y de los golpes de Estado.

II

Durante este período calamitoso, escribí, como he dicho, las poesías que hoy reúno y colecciono, excepto algunas, muy pocas, de distinta índole, que son de tiempos anteriores, y que he incluido en el tomo para darle variedad y huir de la monotonía. Engendradas y nacidas al calor de continuas turbulencias, palpita en estas composiciones la pasión que ha conmovido mi ánimo en las varias alternativas del combate; la cólera, la ironía, el desaliento, la alegría del triunfo, la amargura de la derrota, y raras veces los arrebatos de la esperanza: mi lira no tiene esa cuerda. Lanzado desde muy niño en las agitaciones de la vida pública, sobrecogido por los arduos problemas políticos, sociales y religiosos que ha planteado nuestro siglo sin haber podido resolverlos hasta ahora, y cegado por el polvo de las ruinas que incesantemente van cubriendo el suelo de Europa, ¿es, por ventura, extraño que la duda, la duda inquieta y dolorosa, se haya infiltrado en mi corazón y en mi inteligencia? ¡He visto tanto en el aún no largo espacio de mi vida! Tronos caídos y levantados, instituciones arrolladas y luego restablecidas, revoluciones perturbadoras, pero fugaces, como cuanto es violento, todo ha pasado ante mis ojos con rapidez asombrosa, y siempre para dejarme ver el mismo resultado: la reacción atropellada por la anarquía, la anarquía devorada por la reacción; la libertad, nunca. ¡Ay! Este estado de exaltación continua, apagando las creencias, trastornando los sentimientos y envileciendo los caracteres, ha hecho de nuestro pueblo, en otro tiempo tan espontáneo y animoso, una masa humana confusa, informe, indiferente, escéptica, en la cual sólo sobresale el egoísmo. Si es cierto que no ofrece resistencias, también lo es que ya no tiene arranques; se deja llevar por donde quieren llevarle, y como las olas de un río, va empujado por la corriente, o lo que es lo mismo, por la fuerza de la costumbre, indolente, taciturno, sin calor ni entusiasmo.

Convencido de que todos los esfuerzos, así los más débiles como los más vigorosos, son necesarios para arrancar a nuestra patria de su postración moral, he procurado cumplir con este deber de conciencia hasta donde me ha sido posible en la pequeñez de mis facultades intelectuales. Mas sería inútil querer animar el espíritu entumecido de las naciones que a tal extremidad han llegado con abstracciones deslumbradoras, por desgracia, baldías, y pueriles ilusiones, nunca realizadas; hay que hablarlas el lenguaje de la verdad, áspero y desabrido, apelar a su instinto de conservación, y, para sacarlas de su atonía, penetrar haciéndolas sangre, hasta los más ocultos repliegues de su incredulidad y su egoísmo. Esto es lo que he intentado en algunas de mis obras dramáticas y en casi todas mis composiciones líricas. He señalado los peligros y funestas consecuencias de ciertas ideas que el pueblo admite sin reflexión, porque le halagan y adulan; he inculcado el respeto y la obediencia a las leyes, como el medio más eficaz y seguro de afianzar las libertades conquistadas, y en nombre del derecho, he combatido siempre la corrupción de arriba y la licencia de abajo. Recordando las austeras enseñanzas de la historia, que es, por decirlo así, el cuadro patológico de la humanidad, en donde se ven sus enfermedades y se estudian sus síntomas, he repetido en todos los tonos, que, cuanto más adelantada está una sociedad en la senda de los progresos materiales, tanto más fácil es que caiga en la abyección, en la demencia y en la tiranía, si pierde el sentido moral y las virtudes públicas la abandonan; porque cuando los dioses se van, no se van solos: la dignidad humana los acompaña. Francia y España, donde desgraciadamente todo es posible y todo es efímero, son vivo ejemplo de esta verdad trivial, pero olvidada; pueblos sin ideal, marchan al azar, haciendo siempre tentativas infructuosas, cambiando a cada instante de postura sin hallar ninguna que mitigue sus dolores, devorados por la fiebre, consumidos por la impotencia, faltos de energía para salvarse, porque no tienen fe; sin resignación para sufrir su suerte, porque no tienen esperanza. Estos principios han sido el constante tema de mis cantos en medio de las más alegres expansiones de la muchedumbre y de sus más ruidosos triunfos, lo cual me ha valido por parte de muchas personas la calificación de poeta hipocondriaco, misántropo, aficionado a los cuadros sombríos y hasta algún tanto enemigo de la libertad; ¡de la libertad, que ha sido y es el más profundo amor de mi vida!

Tampoco ha faltado quien, bajo el punto de vista exclusivamente estético, haya censurado el carácter de mis trabajos literarios y sostenido con argumentos muy atendibles, que el arte no debe descender desde su altura a las ingratas realidades de la vida, ni menos mezclarse en las rudas y tumultuosas discusiones de la plaza pública. Quizás tengan razón los que en este sentido me han criticado; pero respetando su juicio, séame lícito sostener el mío, que es, sobre cuestión tan ardua y compleja, no sólo distinto, sino diametralmente opuesto.

Seré muy breve en la exposición de mi doctrina literaria.

III

Muchas veces, considerando los primores de forma a que ha llegado nuestra poesía contemporánea, tan rica en versos melodiosos, en brillantes imágenes y elegantísimos giros, he tratado de inquirir las causas del desfavor, o más bien, del desvío con que el público la mira, y no he acertado a darme explicación precisa y convincente de este

fenómeno. ¿Será acaso porque el siglo actual, esencialmente analítico, materializado y frío, rechace las inspiraciones del sentimiento y condene los vuelos de la fantasía? Difícil es que la historia registre en sus anales siglo tan entregado a los caprichos de la imaginación como el nuestro. En ciencias, en filosofía, en política, todas son hipótesis más o menos aventuradas, cálculos más o menos probables, sistemas ingeniosos, en los cuales entra quizás tanta cantidad de invención como de observación. Vivimos en el siglo de las utopías, y la utopía es hermana menor de la poesía; es como ésta, hija de las musas. En nuestra Edad no son los poetas, propiamente dichos, los que más han soñado. Los delirios de Fourier y de Saint-Simón; las atrevidas paradojas de Proudhon y de Stuart-Mill; la doctrina de la evolución natural, dirigida por leyes fatales, y aplicada por Herbert Spencer al desarrollo de la humanidad para hacer inútil la intervención de la Providencia; las concepciones maravillosas de Kant, Hegel, Krause y toda la pléyade de filósofos alemanes, que tan poderoso influjo han ejercido y ejercen todavía en las artes, la literatura y la política del mundo; las conjeturas de las ciencias físicas y naturales empeñadas en arrancar a la noche de los tiempos el secreto de nuestro origen, y los trabajos del prehistoricismo, que intenta reconstruir lo desconocido, descifrar lo indescifrable y llegar por medio de deducciones sutiles a los últimos términos de lo pasado, cada vez más distante y obscuro, ¿son otra cosa más que sueños sublimes, donde las verdades se mezclan con las ficciones, y ante cuya grandeza, si no convencido, se detiene, por lo menos, atónito el pensamiento? El magnetismo, la frenología, el espiritismo, los trípodes parlantes, los sombreros giratorios, las más inverosímiles fábulas y las creencias más extravagantes han dado en nuestros días la vuelta al mundo, a pesar del escepticismo que le devora, o más bien, a causa de este mismo escepticismo; porque en el cerebro humano hay un hueco donde reside la fe religiosa, y cuando esta virtud le desaloja, huyendo a los cielos, la naturaleza, que en el orden moral como en el físico tiene, según la frase vulgar, horror al vacío, le llena con el absurdo. Pero sin ir tan lejos, sin apartarnos del terreno más humilde de la literatura, ¿hay motivo ni pretexto siquiera, para acusar de prosaica a una centuria en la cual han resplandecido, como grandes constelaciones, Goethe y Schiller, Byron y Shelley, Víctor Hugo y Lamartine, Manzoni y Leopardi, Quintana y Espronceda, Almeida Garret y Herculano? No; sería injusto, por tanto, atribuir a causa tan fútil la decadencia de la poesía española: otras razones existen que la explican mejor, y entre ellas, la más exacta y valedera es, en mi concepto, la que voy a permitirme exponer, sin explanarla, en defensa propia.

La poesía es, seguramente, la más alta revelación del arte, y sin embargo, es la más pobre y menos libre en sus manifestaciones externas. Aventájanla la escultura, en la severidad y firmeza de las líneas; la pintura, en la expresión y el colorido; la música, en la armonía y en la vaguedad del sentimiento; pero, en cambio, supera a todas en la elevación, amplitud y sublimidad de sus concepciones. El pensamiento humano, más o menos cohibido en las demás artes; tiende sus alas con holgura en los espacios infinitos de la poesía: no se siente encadenado por la piedra, el lienzo ni el sonido. Cuando desconociendo su potencia intelectual y creadora, se cuida más de la forma que del fondo, y pretende competir con sus hermanas en la belleza plástica y armónica, la poesía desfallece y decae, porque no dispone del cincel, de la paleta ni del instrumento musical; la materia se le escapa de entre las manos; quiere sujetarla, y abraza el vacío. La poesía, para ser grande y apreciada, debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva, extraño a cuanto le rodea, y

siempre lo mismo. Es preciso que remueva los afectos más íntimos del alma humana, como el arado remueve la tierra: abriendo surcos. Y cuanto más ahonde; cuanto más penetre y encarne en las entrañas de un pueblo y de una época, tanto más estimada será, tanto más sentida y menos disputada su influencia. Dante se apodera del alma de su siglo, de sus rencores teológicos, de sus venganzas y amores políticos, y por espacio de más de cien años hace a todas las artes tributarias de su genio. La arquitectura, la pintura y hasta la música misma buscan en él sus inspiraciones, y en los albores del Renacimiento, a pesar de la corriente irresistible de la antigüedad pagana, que entonces lo arrolla todo, las gigantescas obras de Miguel Ángel parecen animadas todavía por el espíritu del gran poeta.

Ahora bien: ¿es posible que una nación tan profundamente trabajada como la nuestra, donde todo está en tela de juicio; herida, desangrada, calenturienta, y -¿por qué no decirlo?- estragada y corrompida, se satisfaga y entretenga con la oda ampulosa, sin sentido ni objeto, puramente imaginativa, artificial, rumorosa como la onda y el aire? Los hechos parecen demostrar lo contrario. Tampoco creo que distraigan sus penas ni exciten su curiosidad dormida las arcaicas reproducciones, frías como el retrato de un muerto, de nuestros tiempos gloriosos y caballerescos, con sus galanes pendencieros, sus damas devotas y libidinosas y su ferviente misticismo entreverado de citas y cuchilladas. Y pienso que todavía han de conmoverle menos esos suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados, con los cuales expresa nuestra adolescencia poética sus desengaños amorosos, sus ternuras malogradas y su prematuro hastío de la vida. Mayores estímulos necesita nuestra sociedad para volver los ojos a la abandonada y solitaria musa lírica, más vigorosos sacudimientos para despertar sus dormidas emociones; que cuando, como los viejos gastados y viciosos, busca en los espectáculos públicos sólo el halago de los sentidos o los acicates de la concupiscencia, el baile desordenado de las bacantes, la bufonada irrespetuosa de los incrédulos y la exposición de mujeres más o menos desnudas, pero siempre poco vestidas, no ha de satisfacerse con esos cánticos de la poesía vagos, arqueológicos o infantiles. Y aunque se satisficiera, ¿debe de ser ésta la misión del arte en los tiempos de lucha incesante que alcanzamos, cuando todo oscila, cae o se transfigura bajo el ariete de nuevas ideas; cuando no le es permitido a ninguna manifestación del entendimiento humano permanecer impassible y neutral ante las graves y trascendentales cuestiones que se ventilan en el seno de las sociedades modernas? La glacial indiferencia del público responde a mi pregunta y resuelve de plano el problema. No es menester decir más.

Y cuenta que no es esto condenar en absoluto géneros líricos que tienen incontestables bellezas, y en los cuales tanto se han distinguido y se distinguen todavía inteligencias peregrinas, gloria y ornamento de las letras patrias. Lo que censuro es el carácter general de nuestra poesía, o mejor dicho, el predominio que ejercen en ella, por la fuerza de la rutina o porque es más fácil dilatar el vuelo por los mundos brillantes de la imaginación, que descender a los oscuros y muchas veces dolorosos abismos de la reflexión, esas inspiraciones indeterminadas, sin pensamiento ni alcance, que nada dicen y a ninguna parte van, llenas de galas y adornos, como las pobres doncellas muertas a quienes se atavía y corona de flores para conducir las al campo santo.

Bien sé que no todos los poetas siguen el camino trillado, y algunos hay a quienes sinceramente admiro, que han roto el molde antiguo y arrancado de su lira sonos penetrantes, notas vigorosas y acentos llenos de la pasión que conmueve a nuestro siglo. Son los menos; pero la acogida benévola y afectuosa que el público les dispensa, agotando en poco tiempo las ediciones de sus obras, mientras deja dormir en polvoriento olvido las de aquellos que no responden a las exigencias de nuestro estado social, político y religioso, parece revelar elocuentemente que no voy extraviado en mi juicio, y que la época presente reclama de sus poetas algo más que versos sonoros, imágenes deslumbradoras, recuerdos históricos y sentimientos de pura convención.

Estas opiniones que sobre la naturaleza y fines del arte profeso y expongo en mi abono, explican la tendencia de la mayoría de mis composiciones líricas, que será equivocada y falsa; pero que nace de profundo y arraigado convencimiento. ¡Ay! Únicamente me aflige (porque, si en efecto pecho, me falta la voluntad para arrepentirme) que la pobreza de mi ingenio no me consienta justificar con el ejemplo todos los fundamentos de mi doctrina. Mas si son verdaderos, la juventud que sigue nuestros pasos, menos fatigada que yo, con más anchos y luminosos horizontes ante la vista, llegará a donde no alcanzo y entrará en esa tierra de promisión de la poesía que a mí sólo me es dable contemplar desde lejos, luchando con mi propia impotencia intelectual, decaído y desesperanzado.

IV

¡Quiera Dios que logre además tiempos más bonancibles y no se vea, como nosotros, condenada a cantar en medio de los horrores de la guerra civil, ni oiga en sus largas noches de insomnio el estertor de la patria moribunda! ¡Quiera Dios que pueda celebrar las conquistas pacíficas de la civilización, el afianzamiento de la libertad, la muerte de la anarquía, la regeneración del espíritu público y las luchas fecundas del trabajo! Nosotros no tendremos esta fortuna. Nos ha tocado vivir en medio de los dos períodos más terribles y morbosos por que puede pasar un pueblo: la inflamación y la supuración; la revolución y la podredumbre. Pero alguna vez el légamo revuelto volverá al fondo; alguna vez se cerrará la herida que ahora está abierta y destilando humores acres; algún día la luz del cielo disipará las sombras de nuestras conciencias atormentadas. Entonces comprenderán los que tal ventura vean, que no es el desorden el camino de la libertad, ni se templan los caracteres en el yunque de la anarquía que todo lo degrada, las almas y los cuerpos.

No lo niego: miro la anarquía, que ha desnaturalizado los generosos móviles de la revolución, con horror invencible; pero se engañaría grandemente quien me creyese capaz de renegar de una sola de las legítimas conquistas que hemos hecho, a costa de tan duros sacrificios. Hoy, como ayer, defiendo la libertad religiosa, íntegra, sin mutilaciones hipócritas, con sus dos alas para volar por las esferas de la ciencia, la inviolabilidad de la cátedra y la del libro; hoy lo mismo que ayer, afirmo y quiero la monarquía, no como una petrificación de los tiempos antiguos, cubierta de vanos oropeles y rodeada de ceremonias humillantes, que han caído en desuso hasta en los imperios de Oriente, sino como institución moderadora, imparcial, vivificada por el espíritu del siglo, religiosa sin fanatismo, respetable y respetada; hoy, como siempre, defiendo la intervención del país, legalmente representado, en la dirección de los negocios públicos para que el progreso se cumpla y realice de un modo ordenado, regular, tranquilo, sin sacudidas ni violencias;

para que siga su curso como los ríos caudalosos que fertilizan los campos por donde atraviesan, y no como las inundaciones repentinas que, no sólo arrastran en su impetuosa corriente cuanto encuentran al paso, árboles, edificios, ganados y hombres, sino que esterilizan las tierras más productivas, cubriéndolas de arenas infecundas.

Pero sin querer me aparto del objeto que me había propuesto, y ya es hora de poner término a este *Prefacio* que crece y se alarga bajo mi pluma más de lo conveniente. Diré, resumiendo, que la revolución de septiembre me deja donde me encontró: algo más quebrantado; pero siempre el mismo. Entré en ella con desconfianza y salgo sin remordimiento. No fui de los que la iniciaron, no me conté con los que la torcieron, y tampoco me apresuro a imitar a los que la abandonan. En medio de sus triunfos, dije la verdad, no la adulé, no excité sus malas pasiones ni aplaudí sus excesos. Hoy tengo el derecho de hablarla en el mismo tono, y no podrá acusarme de ingrato, porque con ella caigo, sus responsabilidades acepto, y a nadie pido perdón de haberla seguido. Me resigno, sin odio ni cólera, con mi suerte; si he acertado, el tiempo me hará justicia; si me he equivocado, absuélvame de mi error la obscuridad a que voluntariamente me condeno. Esperaré mejores días sin prevenciones irreflexivas ni impacencias interesadas, porque no pertenezco al número de esos hombres fáciles de todos los tiempos, que sólo saben hacer penitencia de sus culpas en las altas posiciones del Estado, o que se creen de buena fe, sin duda, con títulos bastantes para intervenir en todos los éxitos y tomar su parte de botín en todas las victorias.

Hechas estas aclaraciones, sólo me falta para terminar, ofrecer mis respetos al público y recomendar mis versos a su inagotable benevolencia.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

9 de marzo de 1875.

INTRODUCCIÓN

¡Los tiempos son de lucha! ¿Quién concibe
el ocio muelle en nuestra edad inquieta?
En medio de la lid canta el poeta,
el tribuno perora, el sabio escribe.

Nadie el golpe que da ni el que recibe
siente, a medida que el peligro aprieta:
desplómase vencido el fuerte atleta
y otro al recio combate se apercibe.

La ciega multitud se precipita,
invade el campo, avanza alborotada
con el sordo rumor de la marea.

Y son, en el furor que nos agita,
trueno y rayo la voz; el arte, espada;
la ciencia, ariete; tempestad la idea.

11 de diciembre de 1874.

A QUINTANA

En celebridad de su coronación

Allá en la edad florida
de mi niñez serena,
cuando las leves horas de mi vida
resbalaban en calma,
y no ahuyentaba la ambición ardiente
las doradas imágenes del alma;
mi buen padre, en aquella
tierna y dichosa edad, me refería
la página más bella
que hay en la historia de la patria mía.

Contome cómo un día
de eterno luto y duelo,
vino desde las márgenes del Sena
a posarse orgullosa en nuestro suelo
la águila altiva de Austerlitz y Jena;
cómo, en vibrante cólera encendido
el pueblo castellano,
combatió contra el genio y la fortuna;
y al escuchar tan peregrina historia,
bendije a Dios, que colocó mi cuna
en donde crece el lauro de la gloria.

Pobre niño inocente,
«¿quién, pregunté a mi padre, animar pudo
vuestro brazo nervudo?
¿Qué genio prepotente
despertó vuestro espíritu valiente?
¿Qué voz agitadora y soberana
mantuvo en vuestros pechos la energía?»
Y mi padre llorando respondía:
«¡la voz del gran QUINTANA!
España en ese acento
palpitaba y gemía;

él era la expresión del sentimiento
de la nación ibera,
el eco fiel de nuestras glorias era.»

.....

Desde entonces te amé, y este cariño
no huyó como las blandas ilusiones
que halagan siempre el corazón del niño.
Por eso hoy que en tu frente
brilla el lauro inmortal, genio profundo,
paréceme que veo
coronado el esfuerzo giganteo
con que el pueblo español asombró al mundo.

12 de marzo de 1855.

LA GUERRA

Por razones que se calla
la historia prudentemente,
dos monarcas de Occidente
riñeron fiera batalla.

La causa del rompimiento
no está, en verdad, a mi alcance,
ni hace falta para el lance
que referiros intento.

Sobre el campo del honor
cubierto de sangre y gloria,
donde alcanzó la victoria
más la astucia que el valor;

dos discípulos de Marte,
que airados se acometieron
y juntamente cayeron
pasados de parte a parte;

sumergidos en el lodo,
mientras que llegaba el cura
para darles sepultura,
platicaban de este modo:

SOLDADO PRIMERO

¡Hola, compadre! ¿Qué tal

te ha parecido el asunto?

SOLDADO SEGUNDO
Puesto que me ves difunto
debe parecerme mal.

SOLDADO PRIMERO
Pues ha sido divertida
la función: mira a tu lado.
Lo menos hemos quedado
doce mil héroes sin vida.

Y en esto me quedo corto,
que me enfadan los extremos.

SOLDADO SEGUNDO
¡Con qué habilidad nos hemos
destrozado! Estoy absorto.

Ha habido alarmas y sustos
y muertes y atrocidades
para todas las edades
y para todos los gustos.

SOLDADO PRIMERO
Mas yo quisiera saber
por qué con tanto denuedo
nos matamos...

SOLDADO SEGUNDO
¡Ay! No puedo
tu duda satisfacer.

Para entrar en esta danza
tuve que dejar mi oficio.
Sé que aprendí el ejercicio,
sé que estudié la Ordenanza.

Sé que en compañía de esos
que están mordiendo la tierra,
me trajeron a la guerra
y me moliste los huesos.

Y, en fin, francamente hablando,
puedo decirte al oído,
que he muerto como he nacido;

sin saber por qué, ni cuándo.

SOLDADO PRIMERO

De tu explicación me huelgo,
porque mi vida retrata.
En esto, alzando la pata
un moribundo jamelgo,

¡Gracias, dioses inmortales!
-dijo con voz lastimera-
Pues de la misma manera
morimos los animales.

Cuando pasó la impresión
de tan extraño incidente,
así anudó el más valiente
la rota conversación:

SOLDADO PRIMERO

Aunque ignoramos la ley,
origen de esta querella,
juro a Dios vivo que en ella
lleva la razón mi rey.

SOLDADO SEGUNDO

¿Y por qué?

SOLDADO PRIMERO

Porque es el mío.

SOLDADO SEGUNDO

¡Qué salida de pavana!
La justicia es de quien gana.

SOLDADO PRIMERO

De tu ignorancia me río.

¡Pues cuántos que han hecho eternos
sus nombres con la victoria,
no han ido a gozar la gloria
de su triunfo a los infiernos!

SOLDADO SEGUNDO

Considera lo que dices,
porque estoy ardiendo en ira.

SOLDADO PRIMERO
¡No me alces el gallo!...

SOLDADO SEGUNDO
Mira
que te rompo las narices.

Y fieros y cejijuntos
a combatir empezaron
de nuevo... ¡y no se mataron,
porque ya estaban difuntos!

Diéronse golpes crueles,
hasta que hueca y ufana
llegó la Locura humana,
sonando sus cascabeles.

Puso paz entre los dos
y dijo con desenfado:
«¿Qué es esto? Habéis olvidado
que sois imagen de Dios?

Tal vez la inmortalidad
con justo título esperen
los que por la patria mueren,
por Dios, por la libertad.

Pero que el hombre sucumba
en conquistadora guerra,
cuando siete pies de tierra
le bastan para su tumba;

o que en lucha fratricida
entre, sin saber quizá
ni por qué la muerte da,
ni por qué pierde la vida;

esto mi paciencia apura,
y cuantas veces lo veo,
aunque soy Locura, creo
que es demasiada locura.»

Diciembre de 1857.

RECUERDOS

I

Tantas esperanzas muertas
y tantos recuerdos vivos!...
en el corazón humano
jamás se forma el vacío.

Nace una ilusión y muere;
pero su cadáver mismo
queda insepulto en el alma
y siempre en la mente fijo.

¡Ay! Por eso yo que os llevo
ha tantos años conmigo,
esperanzas engañosas
que me halagasteis de niño;

hoy que bajo el grave peso
de vuestro cadáver gimo,
¡infeliz de mí! quisiera
que nunca hubierais nacido.

II

¿Te acuerdas? Al pie de un árbol
en el jardín de tu casa,
el dulce y maduro fruto
ibas cogiendo en la falda.

Turbando nuestra alegría.
crujió de pronto la rama,
diste un grito, y desplomado
caí sin voz a tus plantas.

No vi más; pero entre sueños
me pareció que escuchaba
desconsolados gemidos,
tiernas y amantes palabras.

Y cuando volví a la vida,
en una sola mirada
se besaron nuestros ojos
se unieron nuestras almas.

III

¿Te acuerdas? Seis años hace
cuando por la vez primera
eterno amor nos juramos
y fidelidad eterna.

¡Cuán venturosas corrieron
las horas ¡ay! y cuán prestas!
un deseo, una esperanza
fue nuestra dulce existencia.

Turbose un día el encanto
de aquella pasión inmensa,
y el viento de la fortuna
llevome a lejanas tierras.

Colgándote de mi cuello,
en llanto amargo deshecha,
«vuelve, me dijiste, vuelve;
que mi corazón te llevas».

Volví... ¡Ya estabas casada!
y un ángel de rubias hebras
en tu regazo dormía
el sueño de la inocencia.

Posé, temblando, mis labios
en su faz blanca y risueña,
y al mirarte, vi que estabas
pálida como una muerta.

IV

Después, aturdido, ciego,
cuando me hirió el desengaño,
en tus queridas memorias
quise vengar mis agravios.

Busqué frenético el rizo
de tus cabellos castaños,
que en la postrer despedida
me diste, Inés, sollozando.

«Muera, dije, este recuerdo
de aquel corazón ingrato,
y arrastre el viento en cenizas
la inútil prenda que guardo».

Miréla suspenso y mudo,
hasta que ahogándome el llanto,
en vez de arrojarla al fuego
la llevé ¡loco! a mis labios.

¡Ay! quiera Dios que no veas
presa en amorosos lazos,
al hijo de tus entrañas
llorar, como estoy llorando.

V

¿Te acuerdas cuando en los días
de mi secreto infortunio
dudaba yo de mí mismo,
pobre, olvidado y oscuro;

enjugando compasiva
mi llanto abundante y mudo,
«no desmayes, me dijiste,
que el porvenir será tuyo».

Yo compartiré contigo
lauros, honores y triunfos,
y a la sombra de tu fama
nuestro amor llenará el mundo.

Hoy rompe a veces mi nombre
la indiferencia del vulgo,
y a veces también su aplauso
trémulo y turbado escucho.

Pero como estás muy lejos
y en vano te llamo y busco
paréceme que resuena
en el hueco de un sepulcro.

1862.

EL REO DE MUERTE

¡Oh, vedle; vedle! ¡Turbia y ardiente la mirada,
en brazos de su culpa que le acrimina austera,
tan lejos y tan cerca de la insondable nada,
del mundo que le arroja, del polvo que le espera!...
¡Luchando con extrañas y horribles agonías
que traen ante sus ojos en rápida carrera
sus inocentes horas, sus conturbados días,
el cuadro pavoroso de su existencia entera!

Ayer, aunque entre sombras, lo porvenir incierto,
brindábale ilusiones de amor y de ventura,
y hoy, asomado al borde de su sepulcro abierto,
contempla horripilado la eternidad oscura.
La muerte, que le acosa con misterioso grito,
despierta los terrores de su conciencia impura:
quiere llamar, y apaga sus voces el delito,
quiere huir, y le asalta la hambrienta sepultura.

¡Ay, si recuerda entonces el dulce hogar sereno
donde pasó ignorada su infancia soñadora,
la amante y pobre madre que le llevó en su seno,
único ser acaso que le disculpa y llora!
¡Ay triste de él si al lado del hondo precipicio
su amparo no le presta la fe consoladora;
la fe que se levanta potente en el suplicio
y da sus alas de ángel al alma pecadora!

¡Miradle! Cada paso que hacia el cadalso avanza
de su agitada vida los horizontes cierra:
apágase en sus ojos la luz de la esperanza
y el peso de la muerte fatídico le aterra.
¡Ay, ten valor! Si un día de imprevisión y dolo
te puso con los hombres y con la ley en guerra,
mañana entre los muertos abandonado y solo
en su profundo olvido te envolverá la tierra.

Aparta tu mirada terrífica y sombría
de esa apiñada turba que bulle en el camino
para gozar del triste placer de tu agonía
y presenciar el término de tu fatal destino.
¡Oh! no la empuja sólo su imbécil sentimiento
hacia el cadalso infame que espera al asesino.

¡Hasta la cumbre misma del Gólgota sangriento
siguió también los pasos del Redentor divino!

Julio de 1861.

FOTOGRAFÍAS

¡Pantoja, ten valor! Rompe la valla:
luce, luce en tarjeta y en membrete
y cabe el toro que enganchó a Pepete
date a luz en las tiendas de quincalla.

Eres un necio. -Cierto.- Pero acalla
tu pudor y la duda no te inquiete.
¿Qué importa un necio más donde se mete
con pueril presunción tanta morralla?

¡Valdrás una peseta, buen Pantoja!
No valen mucho más rostros y nombres
que la fotografía al mundo arroja.
Enséñanos tu cara y no te asombres:

deja a la edad futura que recoja,
tantos retratos y tan pocos hombres.

30 de abril de 1862.

CREPÚSCULO

El Sol tocaba en su ocaso,
y la luz tibia y dudosa
del crepúsculo envolvía
la naturaleza toda.

Los dos estábamos solos,
mudos de amor y zozobra,
con las manos enlazadas,
trémulas y abrasadoras,

contemplando cómo el valle,
el mar y apacible costa,
lentamente iban perdiendo

color, transparencia y forma.

A medida que la noche
adelantaba medrosa,
nuestra tristeza se hacía
más invencible y más honda.

Hasta que al fin, no sé cómo,
yo trastornado, tú loca,
estalló en ardiente beso
nuestra pasión silenciosa.

¡Ay! al volver suspirando
de aquel éxtasis de gloria,
¿qué vimos? sombra en el cielo
y en nuestra conciencia sombra.

¡TREINTA AÑOS!

¡Treinta años! ¿Quién me diría
que tuviese al cabo de ellos,
si no blancos mis cabellos
el alma apagada y fría?
Un día tras otro día
mi existencia han consumido,
y hoy asombrado, aturcido,
mi memoria se derrama
por el ancho panorama
de los años que he vivido.

Y aparecen ante mí
fugitivas y ligeras,
las venturosas quimeras
que desvanecerse vi:
la inocencia que perdí
y aquel vago sentimiento
que animó mi pensamiento
cuando eran mis alegrías
las mágicas armonías
del mar, del bosque y del viento.

Han sido para mi daño
en la vida que disfruto,
un siglo cada minuto,

una eternidad cada año.
El dolor y el desengaño
forman parte de mí mismo,
y el torpe materialismo
de esta edad indiferente,
cubre de sombras mi frente
y abre a mis pies un abismo.

Sacude el mar su melena
de crespas olas, rugiendo,
y con pavoroso estruendo
los aires asorda y llena.
Pero una playa de arena,
su audaz cólera contiene...
¡Ay! ¿Quién habrá que refrene
el tormentoso océano
que en el pensamiento humano
ni fondo ni orillas tiene?

¡La razón!... Tanto se encumbra
tan locamente camina,
que ya no es luz que ilumina
sino hoguera que deslumbra.
Al horror nos acostumbra,
siembra de ruinas el suelo,
y en su inextinguible anhelo
álzase hasta Dios atea
con la sacrílega idea
de derribarle del cielo.

He visto tronos volcados,
instituciones caídas,
y tras recias sacudidas
pueblos y reyes cansados.
Propios y ajenos cuidados
muevenme continua guerra,
y mi espíritu se aterra
cuando, perdida la calma,
siento rugir en el alma
la tempestad de la tierra.

Cuando pienso en lo que fui,
hondas heridas renuevo,
y me parece que llevo
la muerte dentro de mí.
No veo lo que antes vi,

no siento lo que he sentido,
no responde ni un latido
del corazón si a él acudo,
llamo al cielo y está mudo,
busco mi fe y la he perdido.

Infeliz generación
que vas, con loco ardimiento,
nutriendo tu entendimiento
a expensas del corazón,
dime, ¿no es cierto que son
vivas tus penas y ardientes?
¿No es verdad que te arrepientes,
presa de terrores graves,
de los misterios que sabes
y de las dudas que sientes?

¡Yo sí! Feliz si lograra,
después de mis desengaños,
lanzar hacia atrás los años
que el destino me depara.
Pero ¡ay! el tiempo no para
ni tuerce su curso el río,
ni vuelve al nido vacío
el ave muerta en la selva,
¡ni quiere el cielo que vuelva
la esperanza al pecho mío!

4 de agosto de 1864.

A ESPAÑA

Roto el respeto, la obediencia rota,
de Dios y de la ley perdido el freno,
vas marchando entre lágrimas y cieno,
y aire de tempestad tu rostro azota.

Ni causa oculta, ni razón ignota
busques al mal que te devora el seno;
tu iniquidad, como sutil veneno,
las fuerzas de tus músculos agota.

No esperes en revuelta sacudida
alcanzar el remedio por tu mano

¡oh sociedad rebelde y corrompida!

Perseguirás la libertad en vano,
que cuando un pueblo la virtud olvida,
lleva en sus propios vicios su tirano.

6 de enero de 1866.

LA DUDA

A mi querido amigo el distinguido poeta don Antonio Hurtado

Desde esta soledad en donde vivo,
y en la cual de los hombres olvidado
ni cartas ni periódicos recibo;
donde reposo en apacible calma,
lejos, lejos del mundo que ha gastado
con la del cuerpo la salud del alma;
antes de que el torrente desbordado
de la ambición con ímpetu violento
me arrebate otra vez; desde la orilla
donde yace encallada mi barquilla,
libre ya de las ondas y del viento,
como recuerdo de amistad te escribo.

¡Ay! Aunque salvo del peligro, siento
la inquietud angustiosa del cautivo,
que rompiendo su férrea ligadura,
traspasa fatigado a la ventura
montes, llanos y selvas, fugitivo.
El rumor apagado que levantan
las hojas secas que a su paso mueve,
las avecillas que en el árbol cantan,
el aire que en las ramas se cimbreo
con movimiento reposado y leve,
el río que entre guijas serpentea,
la luz del día, la callada sombra
de la serena noche, el eco, el ruido,
la misma soledad ¡todo le asombra!
Y cuando ya de caminar rendido,
sobre la yerta piedra se reclina
y le sorprende el sueño y le domina,
oye en torno de sí, medio dormido,
vago y siniestro son. Despierta, calla,

y fija su atención despavorido;
las tinieblas le ofuscan, se incorpora
y el rumor le persigue. «¡Es el latido
de su azorado corazón que estalla!»
Y entonces ¡ay! desesperado llora.
Porque es la libertad don tan querido.
que en el humano espíritu batalla,
más que el placer de conseguirla, el miedo
de volverla a perder.

Yo que no puedo
recordar sin espanto la agonía,
la dura y azarosa incertidumbre
en que mi triste corazón gemía
sometido a penosa servidumbre,
cuando, arista a merced del torbellino,
sin elección ni voluntad seguía
los secretos impulsos del destino,
y, en ese pavoroso desconcierto
de la social contienda, consumía
la paz del alma ¡la esperanza mía!
hoy que la tempestad arrojó al puerto
mi navecilla rota y quebrantada,
temo ¡infeliz de mí! que otra oleada
la vuelva al mar donde mi calma ha muerto.

Para vencer su furia desatada
¿qué soy yo? ¿qué es el hombre? Sombra leve,
partícula de polvo en el desierto.
Cuando el simún de la pasión le mueve,
busca el átomo al átomo, y la arena
es nube, es huracán, es cataclismo.
Gigante mole los espacios llena,
bajo su peso el mundo se conmueve,
obscurece la luz, llega al abismo
y al sumo Dios que la formó se atreve.
Vértigo arrollador todo lo arrasa;
pero después que el torbellino pasa
y se apacigua y duerme la tormenta,
¿qué queda? Polvo mísero y liviano
que el ala frágil del insecto aventá,
que se pierde en la palma de la mano.
¡Oh grata soledad, yo te bendigo,
tú que al náufrago, al triste, al pobre grano
de desligada arena das abrigo!

Muchas veces, Antonio, devorado
por ese afán oculto que no sabe
la mente descifrar, me he preguntado,
-cuestión a un tiempo inoportuna y grave-
¿qué busco? ¿adónde voy? ¿por qué he nacido
en esta Edad sin fe? Yo soy un ave
que llegó sola y sin amor al nido.
A este nido social en que vegeta,
mayor de edad, la ciega muchedumbre,
al infortunio y al error sujeta
entre miseria y sangre y podredumbre.
Contéplala, si puedes, tú que al cielo
con tus radiantes alas de poeta
tal vez quisiste remontar el vuelo,
y si éste el mundo que soñaste ha sido
nunca el encanto de tu dicha acabe...
¡Ay! pero tú también eres un ave
que llegó sola y sin amor al nido.

Desde la altura de mi siglo, tiendo
alguna vez con ánimo atrevido,
mi vista a lo pasado, y removiendo
los deshechos escombros de la historia,
en el febril anhelo que me agita
sus ruinas vuelvo a alzar en mi memoria.
Y al través de las capas seculares
que el aluvión del tiempo deposita
sobre columnas, pórticos y altares;
del polvo inanimado con que cubre
la loca vanidad del polvo vivo,
que arrebató a su paso fugitivo,
como el viento las hojas en octubre;
mudo de admiración y de respeto
busco la antigüedad -roto esqueleto
que entre la densa lóbreguez asoma-
y ofrecen a mi absorta fantasía
sus dioses Grecia, sus guerreros Roma,
sus mártires la fe cristiana y pía,
el patriotismo su grandeza austera,
sus monstruos la insaciable tiranía,
sus vengadores la virtud severa.
Y llevado en las alas del deseo
que anima mi ilusión, a veces creo
volver a aquella Edad: En la espesura
del bosque, en el murmullo de la fuente,
en el claro lucero que fulgura,

en el escollo de la mar rujiente,
en la espuma, en el átomo, en la nada,
Apolo centellea, alza su frente
de luminoso lauro coronada.
Por él la luna que entre sombras gira,
la luz que en rayos de color se parte,
la ola que bulle, el viento que suspira,
todo es Dios, todo es himno, todo es arte.
¡Ay! ¿No es verdad que en tus eternas horas
de desaliento y decepción, recuerdas
esa dorada Edad, y que te inspira
el coro de sus musas voladoras,
que murmuran y gimen en las cuerdas
de la ya rota y olvidada lira?
Aunque las llames, no vendrán; ¡han muerto!
La voz del interés grosera y ruda
anuncia que el Parnaso está desierto
la naturaleza triste y muda.

Que en este siglo de sarcasmo y duda
sólo una musa vive. Musa ciega,
implacable, brutal. ¡Demonio acaso
que con los hombres y los dioses juega!
La Musa del análisis, que armada
del árido escarpelo, a cada paso
nos precipita en el oscuro abismo
o nos asoma al borde de la nada.
¿No la ves? ¿No la sientes en ti mismo?
¿Quién no lleva esa víbora enroscada
dentro del corazón? ¡Ay! cuando llena
de noble ardor la juventud florida
quiere surcar la atmósfera serena,
quiere aspirar las auras de la vida,
esa Musa fatal y tentadora
en el libro, en la cátedra, en la escena
se apodera del alma y la devora.
¡Si a veces imagino que envenena
la leche maternal! En nuestros lares,
en el retiro, en el regazo tierno
del amor, hasta al pie de los altares
nos persigue ese aborto del infierno.

¡Cuántas noches de horror, conmigo a solas,
ha sacudido con su soplo ardiente
los tristes pensamientos de mi mente
como sacude el huracán las olas!

¡Cuántas, ay, revolcándome en el lecho
he golpeado con furor mi frente,
he desgarrado sin piedad mi pecho,
y entre visiones lúgubres y extrañas,
su diente de reptil, áspero y frío,
he sentido clavarse en mis entrañas!
¡Noches de soledad, noches de hastío
en que, lleno de angustia y sobresalto,
se agitaba mi ser en el vacío
de fe, de luz y de esperanza falto!
¿Y quién mantiene viva la esperanza
si donde quiera que la vista alcanza
ve escombros nada más? Por entre ruinas
la humanidad desorientada avanza;
hechos, leyes, costumbres y doctrinas
como edificio envejecido y roto
desplomándose van; sordo y profundo
no sé qué irresistible terremoto
moral, conmueve en su cimiento el mundo.

Ruedan los tronos, ruedan los altares:
reyes, naciones, genios y colosos
pasan como las ondas de los mares
empujadas por vientos borrascosos.
Todo tiembla en redor, todo vacila.
Hasta la misma religión sagrada
es moribunda lámpara que oscila
sobre el sepulcro de la edad pasada.
Y cual turbia corriente alborotada,
libre del ancho cauce que la encierra,
la duda audaz, la asoladora duda
como una inundación cubre la tierra.
-¡Es que el manto de Dios ya no la escuda!-
No la defiende el varonil denuedo
de la fe inexpugnable y de las leyes,
y el dios de los incrédulos, el miedo,
rige a su voluntad pueblos y reyes.
Él los rumores bélicos propala,
él organiza innúmeras legiones
que buscan la ocasión, no la justicia.
Mas ¿qué podrán hacer? No se apuntala
con lanzas, bayonetas ni cañones,
el templo secular que se desquicia.
En medio de este caos, como un arcano
impenetrable, pavoroso, obscuro,
yérguese altivo el pensamiento humano

de su grandeza y majestad seguro.
Y semejante al árbol carcomido
por incansable y destructor gusano,
que cuando tiene el corazón roído,
desenvuelve su copa más lozano,
al través del social desasosiego
cruza la tierra en su corcel de fuego,
hasta los cielos atrevido sube,
pone en la luz su vencedora mano,
el rayo arranca a la irritada nube
y horada con su acento el Océano.
¡Mas, ay, del árbol que frondoso crece
sostenido no más por su corteza!
Tal vez la brisa que las flores mece
derribará en el polvo su grandeza.

¡Tal vez! ¿Lo sabes tú? ¿Quién el misterio
logra profundizar? Esta sombría
turbación, esta lóbrega tristeza
que invade sin cesar nuestro hemisferio,
¿es acaso el crepúsculo del día
que se extingue, o la aurora del que empieza?
¿Es ¡ay! renacimiento o agonía?
Lo ignoras como yo. ¡Nadie lo sabe!
Sólo sé que la dulce poesía
va enmudeciendo, y cuando calla el ave
es que su obscuridad la noche envía.
Oigo el desacordado clamoreo
que alza doquier la muchedumbre inquieta
sin freno, sin antorcha que la guíe;
ando entre ruinas, y espantado veo
cómo al sordo compás de la piqueta
la embrutecida indiferencia ríe.

-También en Roma, torpe y descreída,
la copa llena de espumoso y rico
licor, gozábbase desprevenida,
hasta que de improviso por la herida
que abrió en su cuello el hacha de Alarico
escapósele el vino con la vida.-
Todo el cercano cataclismo advierte;
pero en esta ansiedad que nos devora
ninguno habrá que a descifrar acierte
la gran transformación que se elabora.

¿Y qué más da? Resurrección o muerte,

vespertino crepúsculo o aurora,
los que siguen llorando su camino
por medio de esta confusión horrenda,
con inseguro paso y rumbo incierto,
¿dónde levantarán su débil tienda
que no la arranque el raudo torbellino
ni la envuelva la arena del desierto?
En otro tiempo el ánimo doliente,
atormentado por la duda humana,
postrábase sumiso y penitente
en el regazo de la fe cristiana,
y allí bajo la bóveda sombría
del templo, el corazón desesperado
se humillaba en el polvo y renacía.
Cristo en la cruz del Gólgota clavado
extendía sus brazos, compasivo,
al dolor sublimado en la plegaria,
y para el pobre y triste fugitivo
del mundo, era la celda solitaria
puerto de salvación, sepulcro vivo,
anulación del cuerpo voluntaria.

¡Ay! En aquella paz santa y profunda
todo era austero, reposado, grave.
La elevación de la gigante nave,
la luz entrecortada y moribunda,
la sencilla oración de un pueblo inmenso
uniéndose a los cánticos del coro,
la armonía del órgano sonoro,
las blancas nubes de quemado incienso,
el frío y duro pavimento, fosa
común, perpetuamente renovada,
de la cual cada tumba, cada losa
es doble puerta que limita y cierra
por debajo el silencio de la nada,
por encima el tumulto de la tierra;
aquella majestad, aquel olvido
del siglo, aquel recuerdo de la muerte,
parecían decir con infinita
dulzura al corazón desfallecido,
al espíritu ciego, al alma inerte:
Ego sum via, et veritas et vita (7).
Aquí en su pequeñez el hombre es fuerte.
Mas ¿dónde iremos ya? Torpes y oscuros
planes hallaron en el claustro abrigo,
y Dios airado desató el castigo

y con el rayo derribó sus muros.
¿Dónde posar la fatigada frente?
¿Dónde volver los afligidos ojos,
cuando ha dejado el corazón creyente
prendidos en los ásperos abrojos
su fe piadosa y su interés mundano?
¿Dónde?
¡En ti, soledad! Yo te bendigo,
porque al náufrago, al triste, al pobre grano
de desligada arena das abrigo.

San Gervasio de Cassolas (Barcelona). 20 de abril de 1868.

¡AMOR!

¡Oh eterno Amor, que en tu inmortal carrera,
das a los seres vida y movimiento,
con qué entusiasta admiración te siento,
aunque invisible, palpitar doquiera!

Esclava tuya la creación entera,
se estremece y anima con tu aliento,
y es tu grandeza tal, que el pensamiento
te proclamara Dios, si Dios no hubiera.

Los impalpables átomos combinas
con tu soplo magnético y fecundo:
tú creas, tú transformas, tú iluminas,

y en el cielo infinito, en el profundo
mar, en la tierra atónita dominas,
¡Amor, eterno Amor, alma del mundo!

1872.

ESTROFAS

I

La generosa musa de Quevedo
desbordose una vez como un torrente
y exclamó llena de viril desnudo:

«No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo».

II

Y al estampar sobre la herida abierta
el hierro de su cólera encendido,
tembló la concusión, que siempre alerta,
incansable y voraz, labra su nido,
como gusano ruin en carne muerta,
en todo Estado exánime y podrido.

III

Arranque de dolor, de ese profundo
dolor que se concentra en el misterio
y huye amargado del rumor del mundo,
fue su sangrienta sátira cauterio
que aplicó sollozando al patrio imperio,
miserero, gangrenado y moribundo.

IV

¡Ah! si hoy pudiera resonar la lira
que con Quevedo descendió a la tumba,
en medio de esta universal mentira,
de este viento de escándalo que zumba,
de este fétido hedor que se respira,
de esta España moral que se derrumba;

V

de la viva y creciente incertidumbre
que en lucha estéril nuestra fuerza agota;
del huracán de sangre que alborota
el mar de la revuelta muchedumbre;
de la insaciable y honda podredumbre
que el rostro y la conciencia nos azota;

VI

de este horror, de este ciego desvarío
que cubre nuestras almas con un velo,
como el sepulcro, impenetrable y frío;
de este insensato pensamiento impío
que destituye a Dios, despuebla el cielo
y precipita el mundo en el vacío;

VII

si en medio de esta borrascosa orgía
que infunde repugnancia al par que aterra
esa lira estallara, ¿qué sería?
Grito de indignación, canto de guerra,
que en las entrañas mismas de la tierra
la muerta humanidad conmovería.

VIII

Mas porque el gran satírico no aliente,
¿ha de haber quien contemple y autorice
tanta degradación, indiferente?
«¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

IX

¡Cuántos sueños de gloria evaporados
como las leves gotas de rocío
que apenas mojan los sedientos prados!
¡Cuánta ilusión perdida en el vacío,
y cuántos corazones anegados
en la amarga corriente del hastío!

X

No es la revolución raudal de plata
que fertiliza la extendida vega:
es sorda inundación que se desata.
No es viva luz que se difunde grata,
sino confuso resplandor que ciega

y tormentoso vértigo que mata.

XI

Al menos en el siglo desdichado
que aquel ilustre y vigoroso vate
con el rayo marcó de su censura,
podía el corazón atribulado
salir ileso del mortal combate
en alas de la fe radiante y pura.

XII

Y apartando la vista de aquel cieno
social, de aquellos fétidos despojos,
de aquel lúbrico y torpe desenfreno,
fijar llorando sus ardientes ojos,
en ese cielo azul, limpio y sereno
de santa paz y de esperanzas lleno.

XIII

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo
hiere al César y a Dios. Sorda carcoma
prepara el misterioso cataclismo;
y como en tiempos de la antigua Roma,
todo cruje, vacila y se desploma
en el cielo, en la tierra, en el abismo.

XIV

Perdida en tanta soledad la calma,
de noche eterna el corazón cubierto,
la gloria, muda, desolada el alma,
en este pavoroso desconcierto
se eleva la razón, como la palma
que crece triste y sola en el desierto.

XV

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria

mayor? ¿Dónde más hondo desconsuelo?
¿De qué la sirve desgarrar el velo
que envuelve y cubre la vivaz materia,
y con profundo inextinguible anhelo
sondar la tierra, escudriñar el cielo;

XVI

entregarse a merced del torbellino
y en la duda incesante que la aqueja.
el secreto inquirir de su destino;
si a cada paso que adelanta, deja
su fe inmortal, como el vellón la oveja,
enredada en las zarzas del camino?

XVII

¿Si a su culpada humillación se adhiere
con la constancia infame del beodo,
que goza en su abyección, y en ella muere?
¿Si ciega, y torpe, y degradada en todo,
desconoce su origen y prefiere
a descender de Dios, surgir del lodo?

XVIII

¡Libertad, libertad! No eres aquella
virgen, de blanca túnica ceñida,
que vi en mis sueños pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
que alumbra con su luz, como una estrella,
los lóbregos abismos de la vida.

XIX

No eres la fuente de perenne gloria
que dignifica el corazón humano
y engrandece esta vida transitoria.
No el ángel vengador que con su mano
imprime en las espaldas del tirano
el hierro enrojecido de la historia.

XX

No eres la vaga aparición que sigo
con hondo afán desde mi edad primera,
sin alcanzarla nunca... Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera,
¡licencia desgredada, vil ramera
del motín, te conozco y te maldigo!

XXI

¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía
los humanos instintos se desborden
con el rugido del volcán que estalla,
y en medio del tumulto y la anarquía,
como corcel indómito, el desorden
no respete ni látigo ni valla.

XXII

¿Quién podrá detenerle en su carrera?
¿Quién templar los impulsos de la fiera
y loca multitud enardecida,
que principia a dudar y ya no espera
hallar en otra luminosa esfera,
bálsamo a los dolores de esta vida?

XXIII

Como Cristo en la cúspide del monte,
rotas ya sus morales ligaduras,
mira doquier con ojos espantados,
por toda la extensión del horizonte
dilatarse a sus pies vastas llanuras,
ricas ciudades, fértiles collados.

XXIV

Y excitando su afán calenturiento
tanta grandeza y tanto poderío,
de la codicia el persuasivo acento

grítale audaz: «¡El cielo está vacío!
¿A quién temer?» Y ronca y sin aliento
la muchedumbre grita: «¡Todo es mío!»

XXV

Y en el tumulto su puñal afila,
y la enconada cólera que encierra
enturbia y enardece su pupila,
y ensordeciendo el aire en son de guerra
hace temblar bajo sus pies la tierra,
como las hordas bárbaras de Atila.

XXVI

No esperéis que esa turba alborotada
infunda nueva sangre generosa
en las venas de Europa desmayada;
ni que termine su fatal jornada,
sobre el ara desierta y polvorosa
otro Dios levantando con su espada.

XXVII

No esperéis, no, que la confusa plebe,
como santo depósito en su pecho
nobles instintos y virtudes lleve.
Hallará el mundo a su codicia estrecho,
que es la fuerza, es el número, es el hecho
brutal ¡es la materia que se mueve!

XXVIII

Y buscará la libertad en vano,
que no arraiga en los crímenes la idea,
ni entre las olas fructifica el grano.
Su castigo en sus iras centellea
pronto a estallar, que el rayo y el tirano
hermanos son. ¡La tempestad los crea!

25 de abril de 1870.

MISERERE

Es de noche: el monasterio
que alzó Felipe Segundo
para admiración del mundo
y ostentación de su imperio,
yace envuelto en el misterio
y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder, ya hundido,
último resto glorioso,
parece que está el coloso
al pie del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
deja sus antros oscuros,
y estrellándose en los muros
del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
surca el ancho firmamento,
y a veces, como un lamento,
resuena el lúgubre son
con que llama a la oración
la campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
en honda calma reposa,
tan helada y silenciosa
como una tumba vacía.
Colgada lámpara envía
su incierta luz a lo lejos,
y a sus trémulos reflejos
llegan, huyen, se levantan
esas mil sombras que espantan
a los niños y a los viejos.

De pronto, claro y distinto,
la regia cripta conmueve
ruido extraño, que aunque leve,
llena el mortuorio recinto.
Es que el César Carlos Quinto,
con mano firme y segura
entrebrea su sepultura,
y haciendo una horrible mueca,
su faz carcomida y seca

asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada
frente con tenaz empeño,
como quien sale de un sueño
sin acordarse de nada.
Recorre con su mirada
aquel lugar solitario,
alza el mármol funerario,
y arrebatado y resuelto
salta del sepulcro, envuelto
en su andrajoso sudario.

«¡Hola!» grita en son de guerra
con aquella voz concisa,
que oyó en el siglo, sumisa
y amedrentada la tierra.
«¡Volcad la losa que os cierra!
Vástagos de imperial rama,
varones que honráis la fama,
antiguas y excelsas glorias,
de vuestras urnas mortuorias
salid, que el César os llama.»

Contestando a estos conjuros,
un clamor confuso y hondo
parece brotar del fondo,
de aquellos mármoles duros.
Surgen vapores impuros
de los sepulcros ya abiertos:
la serie de reyes muertos
después a salir empieza,
y es de notar la tristeza,
el gesto despavorido
de los que han envilecido
la corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado,
se alza Felipe Segundo,
en su lucha con el mundo
vencido, mas no domado.
Su hijo se despierta al lado,
y detrás del rey devoto,
aquel que humillado y roto
vio desmoronarse a España,
cual granítica montaña

a impulsos del terremoto.

Luego el monarca enfermizo,
de infausta y negra memoria,
en cuya Edad nuestra gloria,
como nieve se deshizo.

Bajo el poder de su hechizo
se estremece todavía.

¡Ay, qué terrible armonía,
qué obscuro enlace se nota
entre aquel mísero idiota
y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa
y en silencioso concierto,
todos los reyes que han muerto
van saliendo de su huesa.

La ya apagada pavesa
cobra los vitales bríos,
y se aglomeran sombríos
aquellos yertos despojos,
aquellas cuencas sin ojos,
aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
respondiendo al llamamiento,
cual si llegara el momento
del santo juicio de Dios,
acuden de dos en dos
por claustros y corredores,
príncipes, grandes señores,
prelados, frailes, guerreros,
favoritos, consejeros,
teólogos e inquisidores.

¡Qué es mirar como serpea
por su semblante amarillo
el fosforescente brillo
que la podredumbre crea!
¡Qué espíritu no flaquea
con mil terrores secretos,
viendo aquellos esqueletos,
que ante el César, que los nombra,
se deslizan por la sombra
mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,
cuántas grandezas pasadas,
cuántas invictas espadas,
cuántas firmes voluntades
en aquellas soledades
muestran sus restos livianos!
¡Cuántos cráneos soberanos,
que el genio habitara en vida,
convertidos en guarida
de miserables gusanos!

Desde el triste panteón
en que se agolpa y hacina,
hacia el templo se encamina
la fúnebre procesión.
Marcha con pausado son
tras del rey que la congrega,
y cuando a la iglesia llega,
inunda la altiva nave
un resplandor tibio y suave,
que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el regio decoro,
como en los siglos pasados,
reyes, príncipes, prelados
toman asiento en el coro.
Después en tropel sonoro
por el templo se derrama,
rindiendo culto a la fama
con que llena las historias,
aquel haz de muertas glorias,
que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
de Carlos, que el cetro ostenta,
llega al órgano y se sienta
un viejo esqueleto humano.
La seca y huesosa mano
en el gran teclado imprime,
y la música sublime,
que a inmensos raudales brota,
parece que en cada nota
reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo
su voz, los muertos despojos

caen ante el ara de hinojos
y a Dios elevan su canto.
Honda expresión del quebranto,
aquel eco de la tumba
crece, se dilata, zumba,
y al paso que va creciendo,
resuena con el estruendo
de un mundo que se derrumba:

«Fuimos las ondas de un río
caudaloso y desbordado.
Hoy la fuente se ha secado,
hoy el cauce está vacío.
Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
se extingue, se apaga y muere.
¡Miserere!

»¡Maldito, maldito sea
aquel portentoso invento
que dio vida al pensamiento
y alas de luz a la idea!
El verbo animado ondea
y como el rayo nos hiere.
¡Miserere!

»¡Maldito el hilo fecundo
que a los pueblos eslabona,
y busca, y cuenta, y pregona
las pulsaciones del mundo!
Ya en el silencio profundo
ninguna injusticia muere.
¡Miserere!

»Ya no vive cada raza
en solitario destierro,
ya con vínculo de hierro
la humana especie se enlaza.
Ya el aislamiento rechaza:
ya la libertad prefiere.
¡Miserere!

»Rígido y brutal azote
con desacordado empuje
sobre las espaldas cruje
del rey y del sacerdote.
Ya nada existe que embote

el golpe ¡oh Dios! que nos hiere.
¡Miserere!

»Mas ¡ay! que en su audacia loca,
también el orgullo humano
pone en los cielos su mano
y a ti, Señor, te provoca.
Mientras blasfeme su boca
ni paz ni ventura espere.
¡Miserere!

»No en la tormenta enemiga:
no en el insondable abismo:
el mundo lleva en sí mismo
el rayo que le castiga.
Sin compasión ni fatiga
hoy nos mata; pero muere.
¡Miserere!

»Grande y caudaloso río,
que corres precipitado,
ve que el nuestro se ha secado
y tiene el cauce vacío.
¡No prevalezca el impío,
ni la iniquidad prospere!
¡Miserere!»

Súbito, con sordo ruido
cruje el órgano y estalla,
la luz se amortigua y calla
el concurso dolorido.
Al disiparse el sonido
del grave y solemne canto
llega a su colmo el espanto
de las mudas calaveras,
y de sus órbitas huevas
desciende abundoso llanto.

A medida que decrece
la luz misteriosa y vaga,
todo murmullo se apaga
y el cuadro se desvanece.
Con el alba que aparece
la procesión se evapora,
y mientras la blanca aurora
esparce su lumbre escasa,

a lo lejos silba y pasa
la rauda locomotora.

25 de junio de 1873.

¡EXCÉLSIOR!

Por qué los corazones miserables,
por qué las almas viles,
en los fieros combates de la vida
ni luchan ni resisten?

El espíritu humano es más constante
cuanto más se levanta:
Dios puso el fango en la llanura, y puso
la roca en la montaña.

La blanca nieve que en los hondos valles
derrítese ligera,
en las altivas cumbres permanece
inmutable y eterna.

1872.

A DARWIN

I

¡Gloria al genio inmortal! Gloria al profundo
Darwin, que de este mundo
penetra el hondo y pavoroso arcano!
¡Que, removiendo lo pasado incierto,
sagaz ha descubierto
el abolengo del linaje humano.

II

Puede el necio exclamar en su locura:
«¡Yo soy de Dios hechura!»
y con tan alto origen darse tono.
¿Quién, que estime su crédito y su nombre,

no sabe que es el hombre
la natural transformación del mono?

III

Con meditada calma y paso a paso,
cual reclamaba el caso,
llegó a tal perfección un mono viejo;
y la vivaz materia por sí sola
le suprimió la cola,
le ensanchó el cráneo y le afeitó el pellejo.

IV

Esa invisible fuerza creadora,
siempre viva y sonora,
música, verbo, pensamiento alado;
ese trémulo acento en que la idea
palpita y centellea
como el soplo de Dios en lo creado;

V

hablo de Dios, porque lo exige el metro,
mas tu perdón impetro
(¡oh formidable secta darviniana!)
Ese sonido como el sol fecundo,
que vibra en todo el mundo
y resplandece en la palabra humana;

VI

esa voz, llena de poder y encanto,
ese misterio santo,
lazo de amor, espíritu de vida,
ha sido el grito de la bestia hirsuta,
en la cóncava gruta
de los ásperos bosques escondida.

VII

¡Ay! Si es verdad lo que la ciencia enseña,
¿por qué se agita y sueña
el hombre, de su paz fiero enemigo?
¿A qué aspira? ¿Qué anhela? ¿Qué es, en suma,
el genio que le abrumba?
¿Fuerza o debilidad? ¿Premio o castigo?

VIII

Honor, virtud, ardientes devaneos,
imposibles deseos,
loca ambición, estéril esperanza;
horrible tempestad que eternamente
perturbas nuestra mente,
con acentos de amor o de venganza;

IX

conciencia del deber que nos oprimes,
ilusiones sublimes
que a más alta región tendéis el vuelo:
¿Qué sois? ¿Adónde vais? ¿Por qué os sentimos?
¿Por qué crimen perdimos
la inocencia brutal de nuestro abuelo?

X

Ajeno a todo inescrutable arcano,
nuestro Adán cuadrumano
en las selvas perdido y en los montes,
de fijo no estudiaba ni entendía
esta filosofía
que abre al dolor tan vastos horizontes.

XI

Independiente y libre en la espesura,
no sufrió la amargura
que nos quema y devora las entrañas.
Dábanle el bosque entretejidas frondas,
el río claras ondas,
aire sutil y puro las montañas;

XII

la tierra, a su elección, como en tributo
dulce y sabroso fruto,
música el viento susurrante y vago;
su luz fecunda el sol esplendoroso,
la noche su reposo
y limpio espejo el cristalino lago.

XIII

En su pelliza natural envuelto,
gozaba alegre y suelto
de su querida libertad salvaje.
Aún no grababa figurines Francia,
y en su rústica estancia
lo que la vida le duraba el traje.

XIV

Desconoció la púrpura y la seda
no inventó la moneda
para adorarla envilecido y ciego,
ni se dejó coger, como un idiota,
por una infame sota
en la red del amor o en la del juego.

XV

No turbaron su paz ni su apetito
este anhelo infinito,
esta pena tan honda como aguda.
¡Ay! ni a pedazos le arrancó del alma
su candorosa calma,
el demonio implacable de la duda.

XVI

Y en esas lentas y nocturnas horas
negras, abrumadoras,

en que la angustia nos desgarrar el pecho,
con tu mirada impenetrable y triste
nunca te apareciste
¡oh desesperación! junto a su lecho.

XVII

No buscó los laureles del poeta,
ni en su ambición inquieta
alzó sobre cadáveres un trono.
No le acosó remordimiento alguno.
No fue rey, ni tribuno,
¡ni siquiera elector!... ¡Dichoso mono!

XVIII

En la copa de un árbol suspendido
y con la cola asido,
extraño a los halagos de la fama,
sin pensar en la tierra ni en el cielo,
nuestro inocente abuelo
la vida se pasó de rama en rama.

XIX

Tal vez enardecida y juguetona,
alguna virgen mona
prendióle astuta en sus amantes lazos,
y más fiel que su nieta pervertida,
ni le amargó la vida,
ni le hirió el corazón con sus abrazos.

XX

Y allí, bajo la bóveda azulada,
en la verde enramada,
a la sonora margen de los ríos,
adormecidos con los trinos suaves
de las canoras aves,
ocultas en los árboles sombríos;

XXI

allí donde la gran Naturaleza
descubre la belleza
de su seno inmortal, siempre fecundo,
en deliquios ardientes y amorosos,
los dos tiernos esposos
engendraron al árbitro del mundo.

XXII

¡Al árbitro del mundo!... ¡Qué sarcasmo!
Perdido el entusiasmo,
sin esperanza en Dios, sin fe en sí mismo,
cuando le borre su divino emblema,
esa ciencia blasfema,
como la piedra rodará al abismo.

XXIII

Caerá de sus altares el Derecho
por el turbión deshecho;
la Libertad sucumbirá arrollada.
Que cuando el alma humana se obscurece,
sólo prospera y crece
la fuerza audaz, de crímenes cargada.

XXIV

¡Ay, si al romper su religioso yugo,
gusta el pueblo del jugo
que en esa ciencia pérfida se esconde!
¡Ay, si olvidando la celeste esfera,
el hijo de la fiera
sólo a su instinto natural responde!

XXV

¡Ay, si recuerda que en la selva umbría
la bestia no tenía
ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
Entonces la revuelta muchedumbre

quizás, Europa, alumbre
con el voraz incendio tus ciudades.

XXVI

¡Batid gozosos las sangrientas manos
déspotas y tiranos!
Ya entre el tumulto vuestra faz asoma.
Que el hombre a la razón dobla su frente;
mas sólo el hierro ardiente
la hambrienta rabia de las fieras doma.

24 de diciembre de 1872.

PROBLEMA

Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

Quiero, dejando hipótesis a un lado,
una duda exponer, y es la siguiente:
«¿Por qué cruza la tierra el inocente,
de espinas o de sombras coronado?

¿Por qué feliz y próspero, el malvado
alza orgulloso la atrevida frente?
¿Por qué Dios, que es el bien, mira y consiente
el eterno dominio del pecado?

¿Por qué, desde Caín, la humana raza,
sometida al dolor, con sangre traza
la historia de sus luchas giganteas?

Y si es ficción la gloria prometida,
si aquí empieza y acaba nuestra vida,
¿por qué, implacable Dios, por qué nos creas?

1873.

VELUT UMBRA

¡Oh incesante desvarío

del hombre! ¡Oh mentida gloria,
tan fugaz y transitoria
como las ondas de un río!

El tiempo impasible y frío
va empujando tu memoria,
que brilla un punto en la Historia
y se pierde en el vacío.

¡Cuánto César ya olvidado!
¡Cuánta vieja desventura,
que ni aun recuerda la gente,

habrá visto, habrá alumbrado
ese sol, desde la altura
en que gira indiferente!

A medida que hacia el puerto
va marchando del olvido,
aparece cuanto ha sido
de espesas brumas cubierto.

Ese polvo, árido y yerto,
ha pensado y ha sentido:
es el despojo perdido
de la humanidad que ha muerto.

De esos átomos sin nombre,
¿quién el misterio adivina?
¿quién a descifrarlo alcanza?

Tan lóbrego es para el hombre
lo pasado que declina,
cual lo porvenir que avanza.

¿Dónde está la oculta fuente
del hondo raudal humano?
¿A qué incógnito océano
va a parar esa corriente?

Principio y fin, velozmente
se buscan y dan la mano;
y en el germen bulle el grano,
y en el grano la simiente.

La flor que arrebató el viento,

préstale al campo marchito
nuevo jugo y nueva vida;

mas ¿quién en el movimiento
del génesis infinito,
recuerda la flor caída?

¡Vanidad de vanidades!
En nuestras horas inciertas,
sobre las ciudades muertas
álzanse nuevas ciudades.

En ignotas soledades,
en regiones, hoy desiertas,
yacen de polvo cubiertas
las glorias de otras edades.

Cae en mortal cautiverio
cuanto el alma, inquieta y muda,
busca y ama, anhela y nombra.

Nuestra vida en el misterio,
nuestro destino en la duda,
nuestro término en la sombra.

23 de mayo de 1873.

PRÓLOGO

Leído por Don Manuel Catalina, en la inauguración del teatro de Apolo

Senado ilustre, público discreto,
que siempre diste cariñoso abrigo
a la musa de Lope y de Moreto;

concurso generoso, fiel amigo
del arte, que a tu impulso se levanta
o se despeña en el error contigo;

por quien el vate en su entusiasmo canta,
el músico sorprende la armonía
y a los siglos el genio se adelanta;

es tan intensa y honda mi alegría,

tan viva la emoción que me enajena,
que aunque quisiera ahogarla no podría.

¿Cómo, si el alma de esperanzas llena,
ve renacer con nuevos resplandores
la amortiguada gloria de la escena?

¡Público insigne, artistas, escritores,
rendid tributo al ánimo atrevido,
digno de vuestros plácemes y honores!

Cuando asorda los aires el rugido
de enconada pasión, que en su despecho
nos emponzoña el corazón herido;

cuando combaten bajo el mismo techo
hermano contra hermano, y todo rueda
como un turbión a nuestros pies deshecho;

cuando no hay odio que sucumba o ceda,
y en tanta confusión, el patrio idioma
es el único lazo que nos queda;

merece aplauso quien a empeño toma
alzar un templo al arte castellano,
donde todo vacila y se desploma.

Que mientras pueda el genio soberano
tender el vuelo, condenar la saña
que separa al hermano del hermano,

hacer que vibre hasta en región extraña
la lengua de Quevedo y de Cervantes,
tú serás inmortal ¡oh madre España!

¡No morirás! Como lucharon antes,
tus hijos lucharán con el destino
cuanto más desgraciados, más constantes.

Que si no encuentra su ambición camino
por do llevar a términos ajenos
tu cetro de oro y tu blasón divino,

para abrazarse le hallarán al menos,
y en santa paz transcurrirán tus días
más prósperos, más grandes, más serenos.

Pero ¿dónde al sentir las agonías
de la patria infeliz que sufre y llora,
me arrastran ¡ay! las esperanzas mías?

¿Adónde vuela mi ilusión? Ya es hora
de penetrar en la región que el arte
con sus rayos purísimos colora.

Ya es tiempo y ocasión de presentarte
a los que habrán de compartir conmigo
el difícil trabajo de agradarte.

Tú, de sus triunfos imparcial testigo,
suplir, acaso con ventaja, puedes
lo que, atendiendo a su humildad, no digo.

Muchos han alcanzado las mercedes,
los vítores y lauros que en la escena.
con larga mano al mérito concedes.

¡Ah! ¡Cuántas veces su fecunda vena,
hizo a tus labios asomar la risa
que los vicios ridículos enfrena!

¡Cuántas tu corazón latió de prisa,
movido por la voz del sentimiento,
blanda o severa, enérgica o sumisa;

voz que en la vaga ondulación del viento,
suena a un tiempo patética y sublime
como canto de amor, himno y lamento!

¿Quién de su influjo halagador se exime?
¿Quién resiste el poder del alma ardiente
que en todo el sello de su genio imprime?

No me atrevo a nombrarla: está presente (9).
Tú la conoces bien, que has abrumado
con cien coronas su inspirada frente.

Nosotros seguiremos a su lado
por la penosa y áspera carrera
que huellas inmortales han trazado.

Joven alguno, por la vez primera

trémulo y lleno de ansiedad confusa,
la hora solemne de tu fallo espera.

Dale aliento y valor: sé tú su musa,
y cuando salga inquieto y conmovido
váltgale al menos su temor de excusa.

Con el respeto a nuestro juez debido,
yo, el último de todos, te saludo,
y en nombre suyo tu indulgencia pido.

Ardua es la empresa, nuestro esfuerzo, rudo,
grande la voluntad, vivo el deseo,
y amparándonos tú, fuerte el escudo.

Sonarán en el amplio coliseo
de Calderón y Lope la armonía,
honda intención y fácil discreteo,

en nuestra larga y mísera agonía,
ya el último florón, aún no marchito,
que nos envidia el mundo todavía.

Como el vuelo del alma es infinito,
y mientras hallen en la mente humana
luz la esperanza, sombras el delito,

tiernos anhelos el amor, cristiana
resignación los débiles que gimen,
fieros empeños la ambición tirana,

llanto el dolor, remordimiento el crimen,
premio la fe, castigo la mentira
y borrascosas noches los que oprimen,

el vate audaz, si en la pasión se inspira,
podrá pulsar con vigorosa mano
el corazón del hombre, que es su lira:

como aún florecen en el suelo hispano
claros ingenios que la intensa llama
alimentan del numen castellano,

en esta escena, con la varia trama
de sus afanes y vigiliass fruto,
buscarán los laureles de la fama.

Si a veces el error, común tributo
de la humana flaqueza, los pervierte
y cubre su razón de sombra y luto,

antes de ser inexorable, advierte
que en esta recia y desigual pelea,
eres el más dichoso y el más fuerte.

Nunca, nunca el espíritu que crea
se lanzará con incansable brío
por los radiantes mundos de la idea,

si a todo noble sentimiento frío,
sólo el gastado público le ofrece
glacial indiferencia y seco hastío.

Cuando la Poesía desfallece
y cual ebria bacante desceñida
se revuelca en el fango y se envilece;

cuando la muchedumbre descreída,
en torpes espectáculos apura
los más brutales goces de la vida,

y únicamente excitan su locura,
despiertan sólo su vigor dormido
la sátira procaz, la danza impura;

entonces, como el aire corrompido
que invadiendo el espacio, se dilata
lento, invisible, acaso no sentido,

la cólera del cielo se desata,
avanza sin cesar muda y sombría,
y como el rayo y la epidemia mata.

Entonces Dios sobre la raza impía
que marcha presurosa hacia el abismo,
sus horrendas catástrofes envía;

la podredumbre engendra el egoísmo,
y ya no tiene el pueblo degradado
fuerza y valor para salvarse él mismo.

Y camina a su fin precipitado,

y su terrible expiación comienza,
y se pierde en la noche del pecado...

¡Ah! ¡qué ignominia tanta no nos venza,
hijos de España, y si la angustia crece
lloremos de aflicción, no de vergüenza!

Porque el ánimo honrado resplandece
con la adversa fortuna, y en el mundo
sólo humilla el dolor que se merece.

De toda corrupción, de todo inmundo
germen, de todo estancamiento insano,
brota el mal potentísimo y fecundo:

la asoladora fiebre, del pantano,
la peste, de los campos de batalla,
y de los pueblos muertos el tirano.

Tú puedes ser inquebrantable valla,
Senado ilustre, a la inmoral corriente
que fácil paso entre nosotros halla.

Tú puedes evitar que se acreciente
la gangrena social, esa gangrena
fría, senil, que mata y no se siente.

Y si consigues que la patria escena
de entre sus juegos lícitos descarte
la burla impía y la invención obscena;

si por tu esfuerzo en ráfagas se parte
esta niebla densísima que empaña
la religión, la libertad y el arte,
tú serás salvo, y salvarás a España.

Noviembre de 1873.

¡POBRE LOCA!

I

Todas las ardes, cuando el sol declina
en brazos del misterio,

una mujer llorosa se encamina
al santo cementerio.

Con tosco y miserable desaliño,
tocas de luto viste,
y lleva de la mano a un pobre niño
descalzo, enfermo y triste.

El paso torpe y trémulo apresura
marchando silenciosa
hacia la solitaria sepultura
en que su amor reposa.

¡Ay! su semblante tétrico y sombrío,
su atónita mirada
reflejan el dolor y el desvarío
de un alma destrozada.

Al pie del nicho desarruga el ceño,
detiene su carrera,
llama en la losa con tenaz empeño,
y espera, espera, espera...

El niño tiembla. La impaciente loca
que a un tiempo reza y gime,
que el dulce nombre del esposo invoca
con ansiedad sublime,

golpea el mármol sepulcral, y el eco
sordamente retumba
con lúgubre gemido, desde el hueco
de la cerrada tumba.

Y la infeliz mujer, en son de queja
grita: «¿Dónde estás, dónde?»
Rompe en sollozos, y por fin se aleja
diciendo al niño: «¿Ves? No me responde».

II

¡Ah, no le llores más! ¿Por qué el ingrato,
por qué, si te quería,
abandonó tu cariñoso trato,
tu blanda compañía,

la santa paz de la familia, el culto
de sus tranquilos lares,
para excitar en medio del tumulto
las iras populares?

Siempre deja en su bárbaro extravío
la inquieta muchedumbre,
más de un amante corazón vacío,
más de un hogar sin lumbre.

¿Por qué no recordó cuando inhumano
a su rencor cediendo,
corrió a verter la sangre de su hermano
en el combate horrendo,

que cuantos en la lucha sucumbían,
ante el peligro fijos
por la voz del deber, como él tendrían
madres, esposas, hijos?

¿Por qué no recordó que un pueblo libre,
ni límite ni coto
pondrá a sus desventuras, mientras vibre
el arma en vez del voto?

.....

¡Ah, no le llores más! No lo merece.
No sufras ni batalles.
El que mancha con sangre, el que envilece
por plazas y por calles

la augusta libertad, el que furioso
apela al hierro insano,
no es tierno padre, ni sensible esposo,
ni honrado ciudadano.

17 de noviembre de 1873.

A LA MUERTE DE DON ANTONIO RÍOS ROSAS

¡Cayó como la piedra en la laguna
con recio golpe en la insondable fosa!
Ya no levantará tormenta alguna
su elocuencia, vibrando en la tribuna,
como el rayo terrible y luminosa.

¡Triste destino de la gloria humana
tan costosa, tan mísera y tan vana!
¡Ayer grandeza, y entusiasmo, y ruido;
hoy tributo de lágrimas; mañana
hondo silencio, y soledad, y olvido!

En la infinita sed que nos aqueja,
¿qué es nuestra vida? El sueño de un momento,
onda que pasa, sombra que se aleja,
ave tímida y muda que no deja
ni el rastro de sus alas en el viento.

¡Cuántas, cuántas memorias arrebatada
nuestra viviente y rauda catarata!
¿Qué es el mártir? ¿Qué el genio? ¿Qué el tirano
en el torrente del linaje humano,
que al través de los tiempos se dilata?

La secular encina, siempre verde,
de sus marchitos frutos se despoja
sin que nadie, mirándola, recuerde
ni el seco ramo, ni la inútil hoja
que en su invisible crecimiento pierde.

¡Todo es misterio, vértigo y locura!
La vida frágil, el renombre incierto,
y la tremenda eternidad obscura...
Sólo podemos dar a los que han muerto,
con fe piadosa, honrada sepultura.

Él la tendrá con lágrimas regada.
¿Cómo olvidar tan pronto, patria mía,
la imperiosa atracción de su mirada,
su voz, su ardiente voz, rígida espada
que al chocar y al herir resplandecía?

A veces imagino que aún le veo
erguirse reposado y pensativo,
a un tiempo mismo Tácito y Tirteo,
arrostrar el contrario clamoreo.
cuanto más acosado más altivo.

Con fuerza potentísima y secreta
brotaban de su espíritu fecundo
el dardo agudo, la alusión discreta,

la cólera inspirada del poeta
y la sentencia del varón profundo.

En el peligro, enérgico y valiente,
jamás cedió su varonil denuedo,
ni se dejó arrastrar por la corriente;
nunca dobló su poderosa frente
ante los vanos ídolos del miedo.

Noble y robusto vástago de aquella
viril generación, que al mundo vino
cuando, impulsado por su infausta estrella,
marcó en España su iracunda huella
el rayo de la guerra y del destino;

cuando de su letargo despertaba
la nación de Lepanto y de Pavía,
y en lid ardiente, inextinguible y brava,
mostró con su tesón que no quería
vivir sin honra, ni morir esclava.

Nacida entre el tumulto y el fracaso
de una lucha titánica y suprema,
esa generación que hacia su ocaso
dirige el triste y vacilante paso,
es el himno triunfal de aquel poema.

Arrojada y resuelta cual ninguna,
como engendrada en tan heroico empeño,
templola en sus rigores la fortuna,
la ronca tempestad meció su cuna
y el eco del cañón la arrulló el sueño.

Siempre en la brecha y siempre enardecida,
sin temor al destierro ni al verdugo,
con estoico desprecio de la vida
rompió, lidiando, el ominoso yugo
que soportaba España envilecida.

De su entusiasta afán en los extremos
amasó con la sangre de sus venas
la libertad que a su valor debemos.
¡Hoy nosotros, sus hijos, no tenemos
ni esperanza, ni fe, ni patria apenas!

El genio nacional, antes dormido

en la profunda noche del olvido,
llenó los aires con su voz sonora,
como el alegre pájaro en el nido
cuando le llama la rosada aurora.

¡Qué espontáneo y feliz renacimiento!
¡Qué pléyade de artistas y escritores!
En la luz, en las ondas, en el viento
hallaba inspiración el pensamiento,
gloria el soldado y el pintor colores.

¡Larra, Pacheco, Rivas, Espronceda,
Olózaga, Donoso, Avellaneda,
y cien nombres, orgullo de la historia,
ya son polvo no más! ¡Ya su memoria
sólo en el pueblo que ilustraron queda!

¡Su memoria mortal, que se derrumba
al impulso del siglo! Eco postrero
de su apagada voz, sordo retumba
en el helado mármol de la tumba,
y se pierde en los ámbitos ligero.

Cuando, vertiendo silencioso llanto,
vuelvo a mi Edad la vista atribulada,
siento a la vez indignación y espanto.
¡Cómo pensar, generación menguada,
que en pocos lustros descendieras tanto!

Nuestros padres con ánimo sereno
hallaron en los campos de pelea
algo fecundo, provechoso y bueno.
Nosotros, sumergidos en el cieno,
no encontramos un hombre ni una idea.

Su aliento generoso y esforzado,
de Cádiz a las cumbres del Pirine
avivó el fuego del honor sagrado.
Hoy la estéril república no tiene
ni un cantor, ni un artista, ni un soldado.

Ni nos defiende ya, ni el golpe embota,
partido en mil pedazos nuestro escudo.
El vulgo, el necio vulgo nos azota:
yace el arte decrepito, está mudo
el genio, el arpa destemplada y rota.

Alguien con torpe y mentiroso halago,
en busca del aplauso apetecido,
agitó el fondo del impuro lago,
¡ay! y el vapor del fango removido
sólo engendra la peste y el estrago.

Tú dormirás en paz ¡oh varón fuerte!
con el sol de la patria que declina.
Y es venturosa y envidiable suerte
reposar en los brazos de la muerte,
cuando todo es dolor, vergüenza y ruina.

Tú de este triste y borrascoso drama
sacaste el puro corazón ileso.
Otros, que el pueblo alborotado aclama,
no dormirán tranquilos bajo el peso,
bajo el peso terrible de su fama.

5 de noviembre de 1873.

¡CARTAGENA!

¡Ay! cuando un pueblo rompe la valla,
y con instinto ciego y brutal
incendia y tala, mata y blasfema
y en sangre anega su libertad,
la turbulencia que engendra monstruos
crea el tirano providencial;
que también tiene como las fieras,
sus domadores la humanidad.

10 de agosto de 1873.

A EMILIO CASTELAR

¡Ya triunfó la república! Has vencido.
Tras prolongada y mísera agonía
lanzó a tus plantas el postrer gemido
nuestra sacra y gloriosa monarquía.
No vino a tierra como el cedro erguido
que el huracán y el rayo desafía:

cayó como la mustia y débil hoja
de que en octubre el árbol se despoja.

¡Ay! ¿Esta sociedad que desespera,
logrará acaso tiempos más felices,
porque haya muerto, sin luchar siquiera,
la tradición excelsa que maldices?
¿Se desplomó quizás porque tuviera
podrido el tronco y secas las raíces?
¿Fue su impensada y rápida caída,
torpe venganza o pena merecida?

Si al paso que se extingue y desvanece
como el último rayo vespertino,
renace el orden y la paz florece,
es que cumplió la ley de su destino.
Pero si la tormenta se embravece,
si nos arrolla el raudo torbellino,
si no se aclara el porvenir incierto,
entonces es que asesinada ha muerto.

Mientras el cielo mi conciencia guarde,
jamás se apartará de mi memoria
aquella triste y vergonzosa tarde,
baldón eterno de la patria historia,
en que un Senado imbécil o cobarde
vendió sin fruto y entregó sin gloria,
cediendo a los estímulos del miedo,
el trono secular de Recaredo.

No nació la república, gloriosa,
formidable y potente en lid reñida,
ni cual del casto cáliz de la rosa
la pura esencia en ondas esparcida.
Brotó de aquella tarde ignominiosa
como brota la sangre de la herida,
y como en medio de mortales dudas
nació de un beso la traición de Judas.

¡Oh! ¡Quién tuviese la robusta vena
de aquel ilustre historiador romano,
que en libros inmortales encadena
los fieros monstruos del linaje humano!
Mi pluma entonces... ¡pero no! La pena
que envilece al león, honra al gusano:
nunca la ruin bajeza ha merecido

censura eterna, sino eterno olvido.

Tal vez ceñida de fulgentes galas
forjose tu ilusión que en pleno día
la república, austera como Palas,
del cerebro del pueblo surgiría.
Tal vez pensaste que al tender sus alas
paz y ventura y luz derramaría,
siendo para tu fama ¡oh nuevo Orfeo!
la honrada encarnación de tu deseo.

Si el llanto no te ciega, en torno mira;
ya tu inspirada voz no la conmueve,
ya su templanza se convierte en ira,
ya revienta el volcán bajo la nieve.
Ya ha arrebatado tu sonora lira
la desgredada Musa de la plebe;
ya suena, en vez de tu rotunda estrofa,
brutal insulto y sanguinaria mofa.

Ya con sordo fragor se precipita
y mueve a Dios desesperada guerra,
la santa cruz de los sepulcros quita,
vuelca las aras y los templos cierra.
Ya con furor satánico medita,
no sólo echar a Cristo de la tierra,
sino dejar en su insensato anhelo
mudo y vacío y solitario el cielo.

¡Inútil presunción! Cuando mañana
se agoste, como yerba, el poderío
de esta generación soberbia y vana
que lanza a Dios su imbécil desafío;
cuando de su grandeza soberana
quede el polvo no más, árido y frío,
¡tú, redentora cruz! ¡tú, santo leño,
sobre las tumbas guardarás su sueño!

¡Valor, Emilio! El pueblo se desborda
y nuestra gloria secular destruye.
¡Ya no existe el ejército! ¡Ya es horda
la que fue hueste, y se desmanda y huye!
La anarquía los ámbitos asorda,
la honrada libertad se prostituye,
y óyense los aullidos de la hiena,
en Alcoy, en Montilla, en Cartagena.

Tu voz, que siempre condenó la saña
de la turba feroz, de nuevo estalle,
y vibre como el trueno en la montaña
y el bronce de los templos en el valle.
La triste España, nuestra madre España
se desangra entre el cieno de la calle;
ebrio el desorden la denuesta y hiere.
Agonizando está. ¡Sálvala, o muere!

23 de diciembre de 1873.

LUZ Y VIDA

Cuando en el seno de la noche fría
oculta el sol su resplandor fecundo,
es para renacer, y espera el mundo
la nueva luz con el cercano día.

Mas ¿quién penetra la inquietud sombría
que abruma el corazón del moribundo?
¿Quién sabe lo que guarda ese profundo
crepúsculo moral de la agonía?

Desde la alta región del firmamento
el sol, en acordado movimiento,
con la nocturna obscuridad alterna.

Pero tú, miserable vida humana,
no mueres hoy para brillar mañana.
¡Ay, no! tu noche es lóbrega y eterna.

RAIMUNDO LULIO

(A un amigo de la infancia)

Acoge cariñoso,
como sencilla ofrenda que tributo
a nuestro antiguo afecto,
mis pobres cantos de Raimundo Lulio.

Esta doliente historia

encierra un grave pensamiento, obscuro
quizás, porque mi musa
ni engrandecerle ni aclararle supo.

De la atrevida ciencia
que huye de Dios, y en su rebelde orgullo,
con sus fulgores sólo
quiere llenar los cielos y los mundos;

de esa ciencia a que rinde
la vanidad del hombre ciego culto,
y que persigue siempre
con sacrílego afán y ardor impuro;

por quien, obedeciendo
de su apetito al indomable impulso,
mancha las sacras aras
y a Dios disputa su poder augusto:

en Blanca, en esa hermosa
Blanca, sueño y delirio de Raimundo,
el símbolo terrible,
el triste emblema presentar procuro.

¡Ay! cuando devorado
por insaciable sed, loco y convulso
piensa alcanzar el hombre
de su soberbia el anhelado fruto;

¿qué encuentra? Eterna duda,
eterno hastío entre el placer oculto,
y bajo regias galas
la horrible podredumbre del sepulcro.

Mas, no porque condene
esos que errores de la ciencia juzgo,
para extirparlos pido
el auxilio sangriento del verdugo.

Impuestas por la fuerza,
o por la vil superstición del vulgo,
odiosas me serían
la verdad y la fe que ansioso busco.

Hijo soy de mi siglo,
y no puedo olvidar que por el triunfo

de la conciencia humana,
desde mis años juveniles lucho.

Por bárbaro rechazo
de la brutal intolerancia el yugo,
y quiero en campo abierto
libremente lidiar con el absurdo.

11 de febrero de 1875.

CANTO PRIMERO

Profanación

Como el radiante sol cuando declina,
la vida con sus últimos reflejos
nuestros fríos recuerdos ilumina,

y vemos todos al llegar a viejos,
el muerto bien que la memoria guarda
más rico de color cuanto más lejos.

Hoy que la edad me postra y acobarda,
mi pasada ilusión cruza furtiva,
al través de los años más gallarda.

¡Oh visión misteriosa y fugitiva,
que remontaste apresurada el vuelo
al centro de la luz eterna y viva!

¡Oh Blanca mía! ¡Oh Blanca de Castelo,
a mis ojos tan casta y luminosa
como las mismas vírgenes del cielo!

Resplandecían en tu faz hermosa
el ampo de la nieve inmaculada
y el matiz perfumado de la rosa.

Y era tanto el poder de tu mirada,
tan intensa su luz, que sus destellos
penetraron en mí como una espada.

Coronaban tu frente los cabellos
como rayos de sol entretejidos,

para que el alma se prendiera en ellos.

Y estaban mis potencias y sentidos
suspensos del aliento de tu boca,
tierno regazo de ósculos dormidos.

Te vi y te amé con la pasión más loca
que puede contener el alma humana
cuando en la altura de sus sueños toca.

¡Cuántas veces al pie de tu ventana,
siempre cerrada para mí, llorando
me sorprendió la luz de la mañana!

Jamás tu acento melodioso y blando
dio forma a una promesa lisonjera,
y entre el cariño y el temor luchando,

a un tiempo mismo generosa y fiera,
parecían decir a mi deseo
tus ojos: «¡nunca!» y tu silencio: «¡espera!»

¡Ay, qué terrible incertidumbre! Creo
que es menor la ansiedad, menor la duda
con que el fallo mortal aguarda el reo.

Mas siempre, siempre en la contienda ruda
de mi invencible amor, sombra querida,
te hallé a mi ruego impenetrable y muda.

¡Qué miserable vida fue mi vida!
Brotaban los sollozos de mi pecho
como estalla la llama comprimida.

Y de noche, agitándome en el lecho,
de día, persiguiéndote incesante
con la torpe insistencia del despecho,

cuanto menos querido, más amante,
miraba transcurrir, ardiendo en ira,
como un siglo de angustias cada instante.

¡Qué solitario y tétrico suspira
el corazón que osado se levanta
y en su delirio a lo imposible aspira!

La esperanza del hombre es arpa santa:
pulsas la fe sus cuerdas, y sublime
en medio del dolor, preludia y canta.

Mas si con mano bárbara le oprime
el vil recelo, estéril y cobarde,
en medio del placer, se rompe y gime.

Haciendo de mi amor público alarde,
por las calles de Palma te seguía
una tarde de abril. ¡Qué hermosa tarde!

El sol su excelsa majestad hundía
en el seno del mar, con sus fulgores
arbolando el término del día,

y llenaban el aire esos rumores
que despiertan, abriendo su capullo
a los besos del céfiro, las flores.

De las palomas el sentido arrullo,
el sonoro bullir de las corrientes,
del viento y de las hojas el murmullo,

todo inspiraba al corazón ardientes
y tenaces deseos; todo amaba,
auras y flores, pájaros y fuentes.

En árabe corcel, que levantaba
nubes de polvo al estampar su huella,
y el duro freno indómito tascaba,

en pos de ti, que pudorosa y bella
recatabas la faz, con paso lento
iba yo a impulsos de mi negra estrella.

Súbito, arrebatado pensamiento
turbó mi juicio y removió las heces
de mi amargo pesar y mi tormento;

recordé con furor tus esquivaces,
sentí en el corazón la mordedura
de la sospecha ruin, una y mil veces,

y descompuesto, ciego, en mi locura
al inquieto corcel piqué la espuela,

para alcanzar por fuerza mi ventura.

Tú, como el ave que azorada vuela,
lanzaste un grito de terror, el grito
de la honrada virtud que se rebela.

Sin duda el hondo torcedor maldito
que excitaba mi afán y mis enojos
debiste ver en mi semblante escrito,

porque cayendo atónita de hinojos,
rígida y sin color como una muerta
volviste a mi los espantados ojos.

La calle estaba, por tu mal, desierta,
y ya creía en mi febril anhelo
fácil el triunfo y mi ventura cierta,

cuando de pronto, alzándote del suelo,
hacia una iglesia gótica cercana
avanzaste veloz, clamando al cielo.

Muda de asombro y confusión la anciana
que te seguía, penetró contigo
en la augusta basílica cristiana,

y yo ¡insensato! -con horror lo digo-
provocando de Dios el justo fallo
al bruto indócil apliqué el castigo;

hizo sonar su endurecido callo
en las losas del atrio, y de repente
dentro del templo me encontré a caballo.

Lo que entonces pasó, no habrá quien cuente:
sé que al verme llegar pálido y fiero
corrió sordo rumor entre la gente;

que trastornado yo, pero altanero,
en torno las miradas revolvía,
acariciando el puño de mi acero,

y que con pompa abrumadora y fría
un helado cadáver en la cumbre
del enlutado túmulo yacía.

De los blandones la rojiza lumbre
reverberando en los bordados de oro,
el pasmo de la absorta muchedumbre;

de la terrible música el sonoro
raudal, que con los rezos confundido,
inundaba la nave desde el coro;

el ronco Miserere, ese gemido
de nuestra vanidad, que brilla apenas
para caer en perdurable olvido;

todo, mezclado con mis propias penas,
condenaba mi intento temerario
y el calor apagaba de mis venas.

Me pareció que de su obscuro osario
alzábanse los muertos con estruendo,
envueltos en su fúnebre sudario.

Helóseme la sangre, y revolviendo
con ímpetu el rendal, gané la puerta,
de mi conciencia amedrentada huyendo,
lívido el rostro y la mirada incierta.

CANTO SEGUNDO

Insomnio

Mi caballo, sintiendo el acicate
y no la brida, abandonada y suelta,
salió escapado con furioso embate.

La atropellada multitud, envuelta
en el espeso polvo del camino,
me apostrofaba enérgica y resuelta.

Pero yo, como el raudal torbellino
que al través de los bosques se abre paso,
avanzaba frenético y sin tino.

Falto de aliento, de vigor escaso,
iba como la seca y móvil hoja
al impulso del viento y del acaso.

Poco a poco el temor y la congoja
fueron cediendo; recobré el estribo,
con mano firme aseguré la floja

y descuidada rienda, erguime altivo,
y lentamente hacia el paterno techo
retrocedí cansado y pensativo.

Arrojeme sin fuerzas en el lecho,
y contra mí frenético y sañudo,
herí mi frente, desgarré mi pecho.

Como si atara mi garganta un nudo
pugnaba por gritar, y no podía,
porque el dolor que se desborda es mudo.

¡Noche de insomnio, noche de agonía,
que vives ¡ay! en mi memoria impresa
con indelebles rasgos todavía!

¡Aún tiemblo de pavor! Al hacer presa
la calentura en mí, formas extrañas
se destacaron de la sombra espesa.

Híbridos monstruos, fieras alimañas,
trasgos y espectros espantosos, hijos
del fuego abrasador de mis entrañas,

al par deslumbradores y prolijos
revolaban en torno de mi frente,
con sus ojos de luz, siempre en mí fijos.

Y en el círculo tú, resplandeciente
como la estrella matutina, muda
como el pudor, como el amor, ardiente,

mostrándote a mi afán, medio desnuda,
confuso el rostro, palpitante el seno
cual la virtud que desfallece y duda,

con blando halago, de promesas lleno,
como nunca gozaron los mortales,
soltabas ¡ay! a mi pasión el freno.

Yo, rompiendo los diáfanos cendales
que te envolvían, con hambrientos ojos

devoraba tus formas virginales,

esclavo de mis lúbricos antojos,
vencido por el lánguido embeleso
de tu húmeda pupila y labios rojos,

de mi amante ilusión en el exceso,
extático y dichoso hubiera dado
mi eternidad de gloria por un beso.

¡Por un beso no más! Desesperado,
atropellando la medrosa hueste
de monstruos que giraban a mi lado,

quise alcanzarte, aparición celeste,
y las manos tendí con desvarío
para rasgar tu inmaculada veste;

pero hallé un esqueleto hórrido y frío
que al deshacerse en mis convulsos brazos
exclamaba llorando: «¡Ay, amor mío!»

Y bajo la opresión de estos abrazos
de muerte, de estos punzadores goces,
mi corazón saltaba hecho pedazos.

Y otra vez, dando incomprensibles voces,
volvían los abortos del mareo
a perseguirme airados y veloces.

Y otra vez ofreciéndote en trofeo
a mi imposible amor, te descubría
más cerca y más radiante mi deseo...

¿Cuánto duró la fiebre? No sabría
decirlo: sé que sonrosada y bella
calmó mi ardor la claridad del día.

¡Ay! a juzgar por la profunda huella
que el dolor dejó en mí, duró las horas
de mi edad juvenil la noche aquella.

Huyeron las visiones tentadoras
a la naciente luz, con manso ruido
batió el sueño sus alas bienhechoras,

y como el gladiador, que ya rendido,
el postrer golpe resignado espera,
cerré los ojos y perdí el sentido.

Ya el sol en la mitad de su carrera,
desparramaba sobre el ancho mundo
su fúlgida y dorada cabellera,

cuando saliendo yo de mi profundo
letargo, alcéme triste y macilento
como vuelve a la vida el moribundo.

En medio de mi vago aturdimiento
recordé tus ofensas, tan contrito
como espantado de mi loco intento,

y buscando el perdón de mi delito
estos versos tracé, que de buen grado
hubiera con mis lágrimas escrito:

«¡Oh Blanca! Cierto que la culpa mía
es grande; ni la oculto ni la niego:
pero vencido por mi humilde ruego
Dios al mismo Luzbel perdonaría.

Injusta pena por demás sería
la que impusieras, cuando ve el más ciego
que aviva tu desdén mi amante fuego
y es causa tu rigor de mi porfía.

¡Oh mi vida! ¡Oh mi luz! ¡Oh mi esperanza!
Ahógame entre tus brazos si a moverte
mi fervorosa súplica no alcanza.

Que yo al morir bendeciré mi suerte,
pues será compasión, y no venganza,
darme en tu seno cándido la muerte.»

Berenguer de Pedralves, mi criado,
animoso y resuelto, halló camino
de entrar en tu mansión, sin ser notado.

Encomendé mi carta a su buen tino,
y tal maña se dio, que en plazo breve.
con la respuesta inesperada vino.

Quien sienta y sufra como yo, quien pruebe
la esquivada condición de un pecho ingrato,
para el amor de endurecida nieve,

ése quizás comprenda el arrebatado
con que tu carta abrí, sin que acertara
a entender su enigmático relato:

«Mísera y desdichada criatura,
lamento vuestro error, y le perdono.
Mas ¿quién me guardará de vuestro encono
si en la casa de Dios no estoy segura?

»Nada vale la efímera hermosura
con que, sin pretenderlo, os aprisiono.
Dejad que se marchite en su abandono
y alzad los ojos a mayor altura.

»Pero si con mi ruego no os obligo,
rompiendo para siempre nuestros lazos
a separaros del amor terreno;

»si es para vos piedad y no castigo
hallar la muerte en mis crispados brazos,
venid, que acaso dormirá en mi seno.»

Era la cita misteriosa y rara;
mas cuando la pasión nos precipita,
¿quién en vanos escrúpulos repara?

«A un tiempo mismo -murmuré- me incita
y me desprecia. La razón no acierto;
pero ¿qué importa? Acudiré a la cita.»

Y cuando en mi amoroso desconcierto
esto decía, lúgubre y lejana
en los aires vibró, doblando a muerto,
la penetrante voz de una campana.

CANTO TERCERO

La cita

La negra noche su enlutado manto

por la serena atmósfera tendía
con inefable y misterioso encanto.

¡Cuánta tristeza y cuánta poesía
en el herido corazón despierta
ese adiós melancólico del día!

La luz crepuscular pálida, incierta,
que pasa, se amortigua y desvanece
como recuerdo de esperanza muerta;

la muda sombra que impalpable crece,
y a semejanza del dolor humano
todo lo apaga y todo lo oscurece;

aquel reposo, de la muerte hermano,
que extingue los latidos de la vida
en la selva, en la cumbre y en el llano;

aquel suave silencio que convida
al sueño; aquella soledad suprema,
a la paz del sepulcro parecida;

el fulgor de la luna, casto emblema
del doméstico hogar puro y honrado,
que alumbra y da calor, pero no quema;

el infinito espacio, tachonado
de innúmeras estrellas, que el camino
señalan de otra patria al desdichado,

y son el jeroglífico divino
que en la bóveda inmensa Dios imprime
para enseñar al hombre su destino:

todo es en ti patético y sublime,
¡oh noche augusta! para el alma inquieta
que duda y ama, que medita y gime.

Esperé, pues, con la ansiedad secreta
del que sueña en cercanas alegrías,
a que la lobreguez fuese completa,

y dando suelta a las pasiones mías
perdime entonces, de temor ajeno,
por calles solitarias y sombrías.

Insensible mi espíritu sereno
a los siniestros cuentos y consejas
que inventa el vulgo, de aprensiones lleno,

altivo, con la capa hasta las cejas
y la mano en el pomo de la espada,
palpitando de amor llegué a tus rejas.

Tú aguardabas allí, triste, callada,
inmóvil, como estatua misteriosa
en su lecho de piedra incorporada,

y al verme, con palabra recelosa,
tenue como el suspiro comprimido
que del deshecho corazón rebosa,

«¡Cuán desgraciada soy! Habéis venido»,
dijiste, alzando la mirada al cielo
y arrancando del alma hondo gemido.

«¿Tanto me aborrecéis, que os causa duelo
mi presencia -exclamé- cuando en el mundo
cifro en vos, sólo en vos, todo mi anhelo?»

«Quizás os pese y lo lloréis, Raimundo»,
respondiste con voz solemne y grave
como el último adiós del moribundo.

Llegué a tu puerta, rechinó la llave,
abrió y entré. Lo que en aquel momento
pasó dentro de mí, nadie lo sabe.

La rápida explosión de mi contento
tan recia fue, que atónito y confuso
detuve el paso hasta cobrar aliento.

¡Con qué placer mi corazón iluso
vio entonces acortarse la distancia
que tu rigor entre nosotros puso!

Sobrecogido penetré en tu estancia,
en aquella mansión tranquila y pura
como los castos sueños de la infancia.

De una lámpara de oro la insegura

y vacilante luz, con noble empleo
alumbraba de lleno tu hermosura.

¡Ay! a despecho de la edad, aún veo
tu imagen melancólica y esbelta
como jamás la sospechó el deseo.

En níveo traje desceñido, envuelta,
por tu gallarda espalda descendía
la cabellera destrenzada y suelta.

Tu mirada, fijándose en la mía,
intensa como el rayo y penetrante
la sangre de mis venas encendía.

Tímida, ruborosa y anhelante,
con la impresión de la inquietud y el miedo
retratada en tu angélico semblante,

me viste aparecer, y con el dedo
mostrándome un sitial, por vez primera
tu labio me llamó, quedo, muy quedo.

Y al pronunciar mi nombre, tu voz era
como arrullo de tórtola que anida
y al tierno esposo enamorada espera.

De impaciencia y temor el alma henchida,
obediente moví la débil planta,
y a tus pies me postré, luz de mi vida.

A tus pies me postré; pero con tanta
agitación, que demudado y frío,
sentí ahogarse la voz en mi garganta;

hasta que al fin, como el hinchado río
que se desborda y precipita ciego,
estalló sordamente el amor mío.

Y estalló con sus cláusulas de fuego,
con su expresión incoherente y rota
por el halago, y la pasión, y el ruego;

con ese dulce cántico que brota
al fecundo calor de una mirada,
y lleva una ilusión en cada nota;

con esa breve frase entrecortada
que al morir en los labios adivina
el corazón de la mujer amada,

música de las almas, peregrina,
que con suspiros trémulos empieza
y con vibrantes ósculos termina.

No sé lo que te dijo mi ternura
entonces: sé que al escuchar mi acento
doblaste blandamente la cabeza;

sé que en tu irresistible arrobamiento
más de una vez, a tu pesar, sin duda,
se confundió tu aliento con mi aliento;

sé que en aquella prueba áspera y ruda,
tú, en amorosas lides inexperta,
debiste al cielo demandar ayuda;

sé -y al profundizar mi herida abierta
aún abundantes lágrimas derramo-
que conmovida, fascinada, incierta,

como pobre avecilla que al reclamo
acude presurosa me dijiste
en mis brazos cayendo: «¡Te amo! ¡Te amo!»

¿Qué más pude escuchar? ¿Ni quién resiste
al grato influjo de la voz querida,
a un tiempo mismo apasionada y triste?

Dentro de mí se engrandeció la vida,
y ante mis ojos fulguró cercana
la dicha ansiada y nunca conseguida.

Y te abracé con fuerza sobrehumana,
y mis labios ardientes dejé impresos
¡ay! en los tuyos de encendida grana.

Y sentí penetrar aquellos besos
que arrebatava a tu inocencia esquiva,
cual plomo derretido, hasta mis huesos.

Ya, redoblando mis esfuerzos, iba

a vencer tu virtud lánguida y yerta,
cuando de pronto sacudiendo altiva

la noble frente de rubor cubierta,
me rechazaste atónita y convulsa
exclamando: «¡Jamás! ¡Primero muerta!»

Como es ciego el amor que nos impulsa,
tomé por la postrera llamarada
del pudor vacilante tu repulsa.

Y te busqué otra vez y acongojada
reprimiste otra vez mi atrevimiento,
diciéndome con voz ronca y ahogada:

«¡Soy débil, perdonadme! En vano intento
sofocar mi pasión, que ya no puede
permanecer oculta. ¡Harto lo siento!

»Dios no permite que en la sombra quede
comprimido este afán que me consume
el alma mía a sus impulsos cede.

»Y cual la violeta que presume
de modesta y humilde, aunque se esconda
revela dónde está con su perfume,

»es inútil querer que no responda
al fuego inextinguible en que me abraso,
mi agitación desordenada y honda.

»Sabedlo, pues; pero olvidadme. ¿Acaso
debo pensar en el amor terreno
yo, moribunda y triste ave de paso?

»Esto soy, esto ansiáis, éste es el seno
donde la muerte os pareciera hermosa.
Ved lo que guarda. ¡Podredumbre y cieno!»

Y con mano alterada y temblorosa
descubriste tu pecho carcomido
por repugnante llaga cancerosa.

«¡Ay! -dijiste cayendo sin sentido
al contemplar mi horror- ¿Me amabais tanto,
que a robarme la vida habéis venido?»

Yo, mudo de estupor, con el espanto
pintándose en mi faz desencajada,
pudiendo apenas reprimir el llanto,

vi deshacerse en polvo, en humo, en nada
mis ensueños, mi gloria, mi alegría,
el encanto del alma enamorada.

Y sentí bajo el golpe que me hería,
vacío el corazón, vacío el mundo,
hasta la misma inmensidad vacía.

Trastornose mi vida en un segundo,
y como aquel a quien del sueño arranca
dolor extraño, insólito, profundo,

dando a mi exaltación salida franca,
«¡Blanca! -gemí desesperado, al verte
caer cual ave herida- «¡Blanca, Blanca!

»¡Oye mi ruego! ¡Unamos nuestra suerte!»
Mas ¡ay! que sólo al llamamiento mío
contestaba el silencio de la muerte.

En mi airado y frenético extravío,
de Dios y de los hombres olvidado
cogí en mis brazos tu cadáver frío,

le estreché con furor y arrebatado
besé tu boca lívida, aún caliente,
como nido recién abandonado.

Y así hubiera seguido eternamente
abrazado a tus míseros despojos,
ajeno a todo, a todo indiferente,

helado el corazón, turbios los ojos,
si no hubiera sentido de improviso
rumor de gente y ruido de cerrojos.

Piadoso el cielo, con aquel aviso
quizás volverme la razón perdida
y poner fin a mis angustias quiso.

Otra vez, en señal de despedida

posé mis labios en tu faz serena,
y en aquel beso te dejé mi vida.

Salí. La noche transparente, llena
de reposo, insultaba mi tormento
parecía escarnecer mi pena,

Templó mi fiebre abrasadora el viento
bullicioso y sutil, y más tranquilo
dijo en la soledad mi pensamiento:

«¡Mundo engañoso, adiós! Rompióse el hilo
que me ligaba a ti, y en su regazo
la religión me prestará un asilo.

»Unió la muerte con estrecho lazo
nuestras almas, ¡oh Blanca de Castelo!
Mi senda es fatigosa; pero el plazo
breve y seguro. ¡Espérame en el cielo!»

10 de febrero de 1875.

TRISTEZAS

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba a Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales;

hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué cándido amor, niño inocente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella majestad solemne y grave;
aquel pausado canto, parecido
a un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave;

las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiración del arte a lo infinito;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito,

haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando a los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara;

en el gótico altar inmoble y fijo
el santo Crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,
siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida
para el dolor y la humildad abiertos;

el místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazón que sufre y sueña;

todo elevaba mi ánimo intranquilo
a más sereno asilo,
religión, arte, soledad, misterio...
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía,
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y a esta voz interior que sólo entiende
quien crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,

envuelta en sus flotantes vestiduras
volaba a las alturas,
virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su rauda, viva y luminosa huella
como fugaz centella
traspasaba el espacio, y ante el puro
resplandor de sus alas de querube,
rasgábase la nube
que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del deseo!
¡Oh cielo, que antes para mí tenías
fulgores y armonías,
y hoy tan obscuro y desolado veo!

Ya no templas mis íntimos pesares,
ya al pie de tus altares
como en mis años de candor no acudo.
Para llegar a ti perdí el camino,
y errante peregrino
entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;
grito, y nadie responde
a mi angustiada voz; alzo los ojos
y a penetrar la lóbreguez no alcanzo;
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
a su impiedad ¡oh Cristo!
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
levanta sobre escombros
un Dios sin esperanza, un Dios que gime,

¡y ese Dios, no eres tú! No tu serena
faz, de consuelos llena,
alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío:
su cielo es el vacío,
sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde a tu voz, más atrevido:
entre nubes de fuego alza su frente,
como Luzbel, potente;
pero también, como Luzbel, caído.

A medida que marcha y que investiga,
es mayor su fatiga,
es su noche más honda y más oscura,
y pasma, al ver lo que padece y sabe,
cómo en su seno cabe
tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota,
que el ronco mar azota,
incendia el rayo y la borrasca mece
en piélago ignorado y proceloso,
nuestro siglo-coloso
con la luz que le abrasa resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!...
a los tristes reflejos
del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
y es tarde, es ¡ay! muy tarde
para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
a todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y al través de intrincadas espesuras,
desbocado y a oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿Adónde?... El pensamiento humano
en vano lucha, en vano
su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
y no aclara el problema,
ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
que tu poder no ha muerto!
Salva a esta sociedad desventurada,
que bajo el peso de su orgullo mismo

rueda al profundo abismo,
acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de ti se aleja,
en nuestras almas deja
el germen de recónditos dolores,
como al tender el vuelo hacia la altura,
deja su larva impura
el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
es, Señor, todavía
raudal de vida tu palabra santa,
di a nuestra fe desalentada y yerta
«¡Anímate y despierta!
-como dijiste a Lázaro- ¡Levanta!»

30 de junio de 1874.

PARÍS

Una calle de la capital de Francia en 1871.-Vense a lo lejos las llamas del incendio de las Tullerías, del Palacio de la Ciudad, del Ministerio de Hacienda y de algunos edificios particulares.-Grupos de hombres, mujeres y muchachos harapientos cruzan tumultuariamente la escena en direcciones contrarias, dando gritos desaforados.-A intervalos atruena el espacio el estampido del cañón.-Es de noche.

BURGUÉS.-DEMAGOGO

BURGUÉS

¿A dónde vas, blandiendo enardecido
esa antorcha fatal?

DEMAGOGO

Corro a la lucha.
¡Ay! el ronco y frenético alarido
que amedrentada tu conciencia escucha,
es la voz de la plebe que se agita
y me llama a la lid...

BURGUÉS

¡Terrible acento
en donde el odio universal palpita!

DEMAGOGO

Di, más bien, el humano sufrimiento.
Di, más bien, el dolor acumulado
por largos años de opresión, que estalla,
y como el hondo mar alborotado
no reconoce a sus furores valla.
Esa masa viviente es el compendio
del infortunio y la miseria...

BURGUÉS

¡Oh, calla!

DEMAGOGO

El populacho vil, la ruin canalla,
el Cristo expuesto a duro vilipendio
de siglo en siglo os llama a la pelea,
y por el mundo atónito pasea
su igualadora cólera: el incendio.

BURGUÉS

En el nombre de Dios te cierro el paso.

DEMAGOGO

¿En el nombre de Dios?... ¿Existe acaso?
Aparta, o con la punta de mi daga
ancho camino me abriré. ¿Y se atreve
tu voz sumisa, que el terror apaga,
a invocar ese nombre? No: no cedo.
Dios es vana invención, Dios es el miedo
que sujeta las iras de la plebe.
Rota está la cadena. ¡La habéis roto!
Vuestra burla sacrílega y aleve
hizo pedazos el fraterno voto
que ennoblecía el corazón humano.
¡Ya nuestra queja se trocó en rugido!
¿Sin el temor de Dios vive el tirano
y queréis que le sienta el oprimido?

BURGUÉS

¡Calla, insensato, calla!

DEMAGOGO

Si mis labios
ofenden tu pudor, hieren tu oído,
no me culpes a mí, culpa a tus sabios,
que del error apóstoles han sido.
¿Imagináis quizás que entre los muros
de los liceos, aulas y academias,
mueren como un rumor vuestros impuros
alardes, vuestras cínicas blasfemias?
El verbo humano, como el sol, inunda
de luz, hasta los antros más oscuros,
y en el fango los gérmenes fecunda.
Las alas de la voz toma la idea:
halla el espacio a su altivez estrecho,
y encarna, alienta, se transforma en hecho
al surgir del cerebro que la crea.
Y yo, que sólo para odiaros vivo,
soy el hecho feroz y vengativo,
brutal engendro de la ciencia atea.

BURGUÉS

Recobra tu razón. ¿Dónde, iracundo,
pretendes ir? El vértigo te arrastra;
París, cabeza y corazón del mundo,
tiembla de espanto en su soberbio trono.
¡Es tu madre!

DEMAGOGO

¡Mentira! Es mi madrastra,
y acrecientan sus crímenes mi encono.
¡París, París! Impúdica sirena,
monstruo de iniquidad, que en áurea copa
de vil deleite hasta los bordes llena,
brindas tu inmensa corrupción a Europa.
¿Habrá quizás costumbre disoluta,
lúbrico anhelo, crapulosa orgía
que ignores tú, malvada prostituta,
más codiciosa y torpe cada día?
A la margen sentada del camino,
con faz lasciva y desenvuelto pecho,
ofreces al cansado peregrino
en tu ardiente regazo inmundo lecho.
Y en él duerme las horas sin medida
del ocio y del placer, y allí envilece
los más santos afectos de la vida,
el sentimiento del deber olvida
y en rápidos instantes envejece.

¿Qué has hecho tú de la conciencia humana?
¿Qué fibra has respetado? ¿Qué pureza
ha resistido a tu atracción tirana?
¿Dónde acaba tu infamia? ¿Dónde empieza?
Al calor de tus locos devaneos,
bajo el goce bestial que los hostiga,
van en ti, como indómita cuadriga,
suelos y desbocados los deseos.
Templos, circos, palacios, coliseos,
aras son, que erigiste a la Materia,
tu dios y el mío, y despreciable en todo,
en abismos de horror y de miseria
fabricas sus imágenes de lodo.
Infecto lodo, que de ti recibe
la forma de mujer encantadora,
que en tus dorados lupanares vive
y tus incautas víctimas devora;
que el más helado corazón inflama
y con brazos de fuego le encadena,
porque es su cuerpo de fundente llama,
su risa de ángel, su intención de hiena.
Todo se agita y se revuelve en torno
de esa deidad abominable, impura:
la moda, esclava complaciente, apura
los torpes incentivos del adorno,
la industria sus caprichos, la pintura
sus colores, sus fúlgidos destellos
la rica y avarienta orfebrería,
que concentra la luz en los cabellos
y el albo seno de la diosa impía.
El arte, como viejo descreído
a quien el ansia de gozar ofusca,
a tus plantas postrado sólo busca
el halago grosero del sentido.
Y el noble coro de las Nueve Hermanas,
con ardiente y frenético arrebató
al pie del ara sin descanso gira.
Terpsícore desnuda a las livianas
danzas se entrega: desgreñada Erato
entrelaza de pámpanos su lira;
mancha Talía la ruidosa escena
con la farsa sacrílega y obscena,
y ennegreciendo su inmortal destino
Euterpe licenciosa, con garganta
seca y enronquecida por el vino,
báquicos himnos al desorden canta.

Muerta está la virtud, el honor muerto,
y es difícil hallar en el naufragio
tabla de salvación y amigo puerto;
que todo con sus olas lo han cubierto
la lujuria, el escándalo y el agio.
Vencida por tus ciegos apetitos,
¡adúltera ciudad! ¡vaso de horrores!
no has escuchado los tremendos gritos
de los odios, venganzas y rencores,
que en la noche sin fin de tus placeres
la insaciable codicia aglomeraba.
Cegó tus ojos engañosa nube,
y hoy, del abismo a devorarte sube,
tu propio cieno convertido en lava.
¡No tuviste piedad y no la esperes!
¡Ya tu grandeza vergonzosa acaba,
pudridero del mundo!

BURGUÉS

¿Qué más quieres?
Deja que la oración reparadora
restaure su virtud si te horroriza
la triste enormidad de sus pecados.

DEMAGOGO

Si es que sabe rezar, rece en buen hora.
Mas que humille su frente en la ceniza
de sus ricos alcázares quemados.
¡Yo no sé perdonar!

BURGUÉS

Pero ¿qué dices,
aborto de impiedad, Caín eterno,
árbol de maldición cuyas raíces
se pierden en las sombras del infierno?
Tú, plebe inculta, que la férrea mano
alzas contra la ley; tú, que exasperas
todas las iras del linaje humano;
tú, sierva imbécil de Nerón tirano;
tú, la más implacable de sus fieras,
cuando en el ancho Circo recogías
el pan mojado en sangre generosa,
y el brutal espectáculo aplaudías;
tú, que en el trance memorable y triste
de nuestra redención, con pavorosa
maldad y corazón empedernido,

cuando a tu antojo disponer pudiste
del justo y del culpado, preferiste
a la vida de Dios la de un bandido;
tú, que en todos los tiempos has vendido
tu libertad al déspota, tu diestra
al crimen, tu razón a la mentira,
incitadora de Marat, maestra
de Robespierre, horror de quien te mira;
¡tú transformada en juez! ¿Con qué derecho?
¿Con qué razón?

DEMAGOGO

Con la razón del hecho.

BURGUÉS

El orgullo te ciega. ¿Qué has logrado,
ni qué podrás lograr? Surco profundo
abre en la tierra el hierro del arado;
pero nada produce, nada crea
si falta la semilla. Es infecundo.
¿Qué semilla es la tuya? ¿Con qué idea
piensas regir y dominar el mundo?
¿Qué nueva y santa religión proclamas?
¿Qué salvadora aspiración? ¿Qué quieres?
De Dios reniegas, su justicia infamas,
intentas convertir nuestras mujeres
en hembras viles, quebrantando el lazo
que la pasión con el deber concilia,
que dignifica el conyugal abrazo
y consagra el hogar de la familia.
Odias la autoridad, odias el freno
social, odias la paz, y avaricioso
pones los ojos en el bien ajeno,
que juzgas propio en tu soberbia insana:
la bestia es tu ideal ignominioso,
y en la sorda explosión de tu perfidia
quieres pasar sobre la raza humana
el nivel vengativo de tu envidia.
¿Cómo podré negar que la gangrena
nos roe el corazón? ¿Que sube y crece
la letal podredumbre, y envenena
el aire, y las conciencias ennegrece,
y nuestras almas débiles estraga?
¿Quién no ve con terror el precipicio?
Pero nosotros a la inmunda llaga
llamamos llaga inmunda, y vicio al vicio.

¡Aún tenemos pudor! Y aunque condenes
nuestra depravación, tú no le tienes.
Guardamos, llenos de dolor, oculto
el canceroso mal dentro del pecho.
Tú le eriges altar, le rindes culto
y le llamas ¡oh bárbaro! Derecho.
¡No pretendas vencer! Sangrienta guerra
tus cadenas rompió, y alborotado
haces crujir los ejes de la tierra;
pero otra vez a tu cubil, atado
te volverá la indignación humana.

DEMAGOGO

No podrá.

BURGUÉS

¡Los instantes son supremos!

DEMAGOGO

Soy tu señor; ¡humíllate!

BURGUÉS

Mañana
aplastaré tu frente.

DEMAGOGO

¡Lo veremos!

BURGUÉS

Para lanzarte en el profundo abismo...

DEMAGOGO

Para romper tu insoportable yugo
yo tengo mi rencor...

BURGUÉS

Yo mi egoísmo.

DEMAGOGO

Yo el incendio voraz.

BURGUÉS

Y yo el verdugo.

EL POETA

¡Error, error! Ni el egoísmo ciego,

ni el odio, ni el verdugo, ni la llama
podrán domar el concentrado fuego
que vuestros fieros ánimos inflama.

Y será más terrible y más sombría
la espantosa tragedia, si en la lucha,
la ronca voz de la venganza impía
vuestra loca pasión tan solo escucha.

¡Oh! santa Caridad, hija del cielo,
hermana del dolor, virtud sublime,
que el bálsamo divino del consuelo
ofreces ¡ay! al corazón que gime;

y tú, Resignación, tú, fortaleza
del desgraciado, que en sus tristes horas
levanta con orgullo la cabeza,
si lle prestas valor y con él lloras;

devolved a las almas el reposo,
y en medio de este piélago alterado,
amansa ¡oh Caridad! al poderoso,
templa ¡oh Resignación! al desdichado.

París 18 de julio de 1873.

A LA PATRIA

Himno con motivo de la paz

Dorando la alta cumbre
la ansiada aurora llega,
y ante la viva lumbre
que el ancho espacio anega,
cobarde se repliega
la densa obscuridad.
Ya baña el horizonte
la luz que Dios envía:
ya mar, y valle, y monte
colora el nuevo día.
Ya todo es alegría.
¡Poetas, despertad!

La paz tiende su manto

desde el Pirene a Gades:
alza el himno santo
en campos y en ciudades,
y admira a las edades
vuestro inmortal clamor.
Ascienda en raudo vuelo
la voz de la alabanza,
como cóndor que al cielo
intrépido se lanza,
Canta a la esperanza:
yo cantaré al dolor.

No es que al deber ajeno
desdeñe la ventura
que de tu herido seno
las penas templa y cura.
Alma tan seca y dura
no alienta ¡oh Patria! en mí.
Acaso al ver hollada
tu majestad suprema,
¿no fue mi lira espada?
mi voz ¿no fue anatema?
Aún mis mejillas quema
el llanto que vertí.

¿Soy el poeta, acaso,
de las felices horas,
que calla en el ocaso
y canta en las auroras?
¿No estalla, cuando lloras,
mi ardiente indignación?
Pero hoy que conseguiste
cobrar el bien perdido,
y espléndida, aunque triste,
la paz ha renacido,
canta al dolor, que ha sido,
tu santa redención.

Enigma de la Historia
y escándalo del mundo,
de tu pasada gloria
so el árbol infecundo,
yacías en profundo
letargo secular.
Del fanatismo esclava,
en noche eterna y fría,

tan sólo iluminaba
tu mísera agonía,
la lámpara que ardía
delante del altar.

Perdida en tu camino
y a oscuras tu conciencia,
el arte sin destino,
sin libertad la ciencia,
tu antigua omnipotencia
no renació jamás,
Pirámide ostentosa
alzada en el desierto,
do incógnita reposa
la vanidad de un muerto,
¡oh Patria! tu famosa
grandeza era no más.

Llamando con su espada
de súbito a tu puerta,
gritó la inesperada
catástrofe: «¡Despierta!»
y el águila su abierta
garra en tu pecho hincó.
¡Oh asombro! Bajo el fiero
dolor de la ancha herida
tus músculos de acero
cobraron nueva vida:
rugiste enfurecida
y el águila tembló.

Perdona si la austera
verdad acato y digo:
dolor que regenera
es premio y no castigo.
Confieso que contigo
inexorable fue.
Cuando te vio a la falda
del monte, soñolienta,
tendió sobre tu espalda
su azote y la tormenta;
te exasperó la afrenta,
y te pusiste en pie.

Ardieron tus hogares.
y con mortal quebranto

corrió la sangre a mares
mezclada con tu llanto.
¡Cuánto sufriste, y cuánto
duró tu adversidad!
Pero pasó el torrente,
el sol doró tus ruinas,
y excelsa, refulgente,
aunque ciñendo espinas,
apareció en Oriente
tu augusta libertad.

¡Ah! Desde entonces luchas
con la traidora hiena,
y su rugido escuchas
impávida y serena.
Tres veces en la arena
domaste su furor.
Cuando tus ansias cesen,
y en tiempos más felices
honrados hijos besen
tus santas cicatrices,
verás como bendices
los frutos del dolor.

Él con potente mano
labra, organiza y crea
cuando en el yunque humano
con hondo afán golpea
para forjar la idea
que es vida, es verbo, es luz.
Los que dichosos duermen
no sueñan con el cielo:
siempre el dolor fue germen
de algún gigante anhelo,
y Dios, bajando al suelo,
le consagró en la Cruz.

18 de marzo de 1876.

ELEGÍA

A la memoria del insigne historiador y poeta portugués Alejandro Herculano

Si es cierto que la pena compartida

llega a calmarse, porque el llanto ajeno
es para el triste bálsamo de vida;

si es verdad ¡ay! que el afligido seno,
cuando piedad encuentra y blando abrigo,
más reposado late y más sereno;

permite ¡oh Portugal! que un pueblo amigo,
ante la humilde tumba de Herculano,
mostrándote su amor, llore contigo.

¡Ya no existe el poeta! Pero en vano
querrá la muerte arrebatar la gloria
del más insigne genio lusitano.

Él con su ciencia engrandeció la Historia,
él exaltó la santa poesía,
y él impondrá a los siglos su memoria.

Cantor de vigorosa fantasía,
pulsó inspirado el Arpa del Creyente
y amó la libertad. ¡Quién no ama el día!

No dobló al yugo del temor su frente,
ni la lisonja vil manchó su labio,
ni abatió al débil, ni ensalzó al potente.

De la austera verdad en desagravio,
se opuso a la invasión de la mentira
con fe de artista y convicción de sabio.

Enérgico y tenaz, pero sin ira,
combatió en pro de su fecunda idea
con la voz, con la espada y con la lira.

Harto ya de luchar, buscó en la aldea
la dulce calma, el apacible encanto
que perdió en el fragor de la pelea,

y hoy en rústico y pobre camposanto
sus restos guarda honrada sepultura,
que el pueblo portugués riega con llanto.

¡Feliz el alma que al romper su obscura
cárcel, de eterno lauro coronada,
vuelve al seno de Dios intacta y pura!

ejemplo sea nuestra Edad menguada,
en que más de un ingenio peregrino
en el fango del mundo se degrada,

y contrariando su inmortal destino,
como ramera sin pudor, ofrece
al éxito brutal su estro divino.

¡Ah! grande podrá ser, mas no merece
loa ni encomio el pensamiento humano
que se humilla, y se arrastra, y se envilece.

¿Quién al águila audaz, que el soberano
vuelo remonta, comparar podría
con el reptil inmundo del pantano?

¡Oh religión del arte! ¡Oh Poesía!
¡Comunión de las almas cuando llevas
la paz, el bien y la razón por guía!

¡Cuando contra la infamia te sublevas,
y con no usada majestad, el vuelo
hasta el principio de la luz elevas!

Pliega tus alas en señal de duelo,
y ante esa pobre tumba deposita
tu más preciada flor: ¡la fe en el cielo!

Rinde esa flor, que nunca se marchita,
¡ay! a quien solo, sí, mas no olvidado,
duerme a la sombra de la cruz bendita.

A quien fue por tu numen exaltado,
de rica inspiración raudal fecundo
y tu apóstol al par que tu soldado.

Rompe el silencio lóbrego y profundo
que cubre el polvo desligado y frío
del que llevaba en su cerebro un mundo.

¡Ay! ya ese mundo estéril y sombrío
no animarán los sueños de la vida:
¡ya no le animarán! ¡Está vacío!

Alas bastan a su fama esclarecida

las altas creaciones del poeta,
do su gran alma nos dejó esculpida.

¡Cuán bien nos pinta la inquietud secreta
del sacerdote que consigo mismo
combate sin cesar como un atleta! (11);

¡que ama y lucha a la vez con heroísmo,
y ve rodar sin gloria ni esperanza
su patria y su virtud hacia el abismo!

Cuando esparciendo el odio y la matanza,
la morisma feroz salva el Estrecho
y cual torrente incontrastable avanza

ante el imperio gótico deshecho,
la pasión insensata que le oprime,
con sacrílego ardor le abrasa el pecho.

Y llora, y tiembla, y se retuerce, y gime,
y sólo a costa de la inútil vida
de sus perpetuos votos se redime.

¡Cayó en el campo del honor! La herida
anticipó su fin; pero él llevaba
la muerte en sus entrañas escondida.

¡Ay! ¿En qué corazón, rugiente y brava,
no estalla, en horas de incurable duelo,
la rebelión de la materia esclava?

¿A quién, alguna vez, con hondo anhelo
la sed de lo imposible no le acosa?
¿Quién no ha soñado en escalar el cielo?

Surge después la imagen luminosa
del arquitecto Alfonso, que en su extrema
y ciega ancianidad, aún no reposa (12).

Le designó la voluntad suprema
para labrar maravilloso templo,
y es forzoso que acabe su poema.

De su viril constancia ante el ejemplo,
¡con cuánta angustia de la Edad presente,
la vergonzosa indecisión contemplo!

Incrédula, dudosa, indiferente,
lidia sin fe, sin convicción se agita,
y no acierta a explicarse lo que siente.

Ya con sordo fragor se precipita,
como el alud del monte, ya asustada
los hierros del esclavo solicita.

Sigue rebelde o sierva su jornada,
y más que al ruego, al látigo obedece
¡ay! cuando no vencida, fatigada.

Ante esa sociedad que desfallece,
del inspirado artista la figura
¡cuán excelsa a mis ojos resplandece!

Lleno de genio, edificar procura
alta y extensa bóveda, que sea
terror y pasmo de la Edad futura.

Acariciando su arriesgada idea,
cual padre cariñoso, con tranquila
majestad se consagra a su tarea.

El pueblo se estremece y horripila
al comprender su temerario empeño,
y él mismo alguna vez duda y vacila.

-¿No pudiera, en verdad, ser el diseño
de la atrevida y portentosa nave
la irrealizable concepción de un sueño?

¿Acierta? ¿Se equivoca? ¡Quién lo sabe!-
Todos son juicios, cálculos y asombros.
Pero él decide, resignado y grave,

enterrar su vergüenza en los escombros
y si decreta Dios la infausta ruina,
recibirla impertérrito en sus hombros.

¡Dichoso ciego a quien la fe ilumina!
Su ardor redobla en la animosa empresa,
y la admirable fábrica termina.

Derríbese, por fin, la selva espesa

de cimbras y pilares, y el espanto
es en todos mayor que la sorpresa.

Quedó desierto el templo sacrosanto,
y el noble viejo en éxtasis divino,
con sus ojos sin luz, mas no sin llanto

solo, abstinente, orando de continuo,
vivió esperando hasta el tercero día
la catástrofe horrenda que no vino.

Y la imponente nave todavía,
inmóvil cual granítica montaña,
el furor de los siglos desafía.

¡Oh anciano ilustre, tu sublime hazaña,
de la dura labor a que se entrega
nuestra razón, el simbolismo entraña!

Aunque cansada del trabajo y ciega,
obediente a las leyes que la rigen,
sin cesar edifica, y no sosiega.

Dóciles a su voz desde su origen,
los pueblos con ruidosa incertidumbre
el monumento de su gloria erigen.

Teme a veces la ignara muchedumbre
que la nave espaciosa venga al suelo,
vencida de su inmensa pesadumbre;

mas la razón serena y sin recelo
sabe bien que en sus ejes de diamante
segura está la bóveda del cielo.

No caerá, no, porque el varón constante
deseche el miedo, y con afán profundo
en las alas de la ciencia se levante.

¡Ah! si hubiese cedido al infecundo
pavor que nuestras almas encadena,
Colón no hubiera descubierto un mundo.

La duda nuestros ímpetus refrena,
abre anchuroso cauce al egoísmo,
y sólo funda en movediza arena.

¡Pero no es fácil resistir! Yo mismo,
que deploro su mal, mis horas paso
incierto entre los cielos y el abismo.

Herido a un tiempo por el brillo escaso
de un moribundo sol, que lentamente
va cayendo en las sombras del Ocaso,

y por la tibia aurora que en Oriente
empieza a despuntar, también vacilo,
y apenas sé dónde posar mi frente.

¡Ay! ¿Quién puede, con ánimo tranquilo,
dar la triste y postrera despedida
al dulce hogar que le sirvió de asilo?

¡Mas, basta ya de indecisión! La vida
se engrandece al calor de otras ideas
que nos muestran la tierra prometida,

y en ciudades, y en campos, y en aldeas
resuena el coro universal que canta
a la naciente luz: «¡Bendita seas!

»Tu fulgor, que los orbes abrillanta,
sólo a la negra noche, engendradora
de monstruos y de crímenes, espanta».

¡Quién pudiera a los rayos de esa aurora
los seres convocar que de Herculano
forjó la fantasía soñadora!

Pero no abrigo el pensamiento vano
de animar las figuras colosales
que con diestro cincel labró su mano.

Las místicas angustias, las mortales
ansias, los rencorosos extravíos,
que él presenta patéticos y reales,

rebasarían de los versos míos,
si en ellos contenerlos intentara,
cual de sus cauces los hinchados ríos.

Mas no tan sólo en la región que avara

las ficciones y fábulas encierra,
se abrió camino su razón preclara.

Como rayo de sol que se soterra
por ocultos resquicios, e ilumina
los recónditos senos de la tierra,

el negro cráter, la profunda mina
y la gruta de abrojos resguardada
que conoce no más fiera dañina,

así del vate la sagaz mirada
penetró, fulgurando, en los oscuros
y hondos abismos de la Edad pasada.

Y descifrando en los ciclópeos muros
de tan lóbregos antros, los inciertos
signos para allegar datos seguros,

buscaba en los sepulcros entreabiertos
de los tiempos antiguos, la memoria
casi perdida de los siglos muertos.

Si cuando atormentado por la gloria,
con animoso espíritu escribía
del pueblo portugués la épica historia,

la fanática y torpe hipocresía,
medrosa de la luz, no hubiese roto
su pluma de oro, en que irradiaba el día;

si en medio del frenético alboroto
de envidiosas calumnias, él no hubiera
hecho de enmudecer solemne voto;

el monumento que con fe sincera
quiso alzar a la patria su erudito
y vasto ingenio, perdurable fuera.

Fuera como esas moles de granito
que pueblos gigantes que no existen,
sus ya ignorados fastos han escrito.

¿Do sus glorias están? ¿En qué consisten?
¿Qué resta de ellos en el mundo? Nada:
las pirámides sólo, que aún resisten.

Esa Historia, entre tantas celebrada,
del egregio Herculano obra maestra,
¡ay! quedará por siempre inacabada.

Pero tan raras perfecciones muestra,
que es, y será en los siglos venideros
gloria de Portugal... ¡y también nuestra!

¿Por ventura los débiles linderos
que la discordia entre nosotros puso,
han roto nuestros vínculos primeros?

Hermanos son el español y el luso,
un mismo origen su destino enlaza,
y Dios la misma cuna los dispuso.

Mas aunque fuesen de enemiga raza,
la generosa tierra en que han crecido
con maternal orgullo los abraza.

¿A quién importa el rumbo que han seguido?
Dos águilas serán de opuesta zona,
que en el mismo peñón hacen su nido.

Ese sol que los sirve de corona,
con torrentes de luz sus campos baña
y sus frutos idénticos sazona.

Juntos pueblan los términos de España,
y parten ambos con igual derecho
el mar, el río, el llano y la montaña.

Cuando algún invasor, hallando estrecho
el mundo a su ambición, con ellos cierra,
la misma espada los traspasa el pecho.

El mismo hogar defienden en la guerra,
el mismo sentimiento los inspira,
cúbrellos al morir la misma tierra,

y tan unidos la razón los mira,
como los fuertes dedos de una mano
y las cuerdas vibrantes de una lira.

¡Ay! cuando luchan con rencor tirano,

pregunta Dios al vencedor impío:
«¡Caín, Caín, qué hiciste de tu hermano!»

Juntos mostraron su indomable brío
en lid reñida, infatigable y fiera,
contra un poder despótico y sombrío.

Y juntos alzarán, cuando Dios quiera
poner fin a su mutua desventura
una patria, una ley y una bandera.

Por eso ante la humilde sepultura
que guarda al más insigne de tus hijos,
España ¡oh Portugal! su llanto apura,

y en ti sus nobles pensamientos fijos,
acude ansiosa a consolar tus penas;
pero no a compartir tus regocijos.

Podrá el recelo ruin, si no le enfrenas,
hacer que el odio entre nosotros cunda,
y no luzcan jamás horas serenas;

podrá impedir nuestra unidad fecunda;
mas no evitar que de mi patria el llanto
con el que tú derrames se confunda.
¡No lo conseguirá! ¡No puede tanto!

Diciembre de 1877.

SONETO

Cuando de tus desórdenes testigo
te sorprendo en los brazos del tumulto,
¡oh Libertad! avergonzado oculto
mi rostro y sollozando te maldigo.

En lucha interna y desigual conmigo
arráncame el dolor airado insulto:
quiero olvidarte, abandonar tu culto,
y ciegamente a mi pesar te sigo.

Te sigo a mi pesar. Sueño o quimera
riges mi voluntad, llenas mi vida

y dejaré de amarte cuando muera.

Eres como la hermosa fermentada
que inspira al alma la pasión primera:
cuanto más inconstante, más querida.

1876.

LA LUZ Y LAS TINIEBLAS

La fiera, la titánica batalla
dura y persiste aún:
es el combate entre la ciega sombra
y la fecunda luz.

¡Ni un instante de tregua y de reposo!
en la tierra, en el mar,
en el espacio, en la conciencia humana
siempre lidiando están.

Al través de los siglos que se empujan
con sorda confusión,
ruedan mezclados la verdad, el día,
la noche y el error.

¿Quién vencerá por fin? ¿La negra sombra?
¿La excelsa claridad?...
¡Ay, no lo preguntéis! La horrenda lucha
nunca terminará.

Cuando la creación rota y deshecha
vuelva al caos otra vez;
cuando desierta, impenetrable y muda
la inmensidad esté;

en el seno del tiempo, en el espacio
sin mundos y sin sol,
seguirá eterno el duelo formidable
entre Satán y Dios.

5 de octubre de 1876.

ANTE UNA PIRÁMIDE DE EGIPTO

Quiso imponer al mundo su memoria
un rey, en su soberbia desmedida,
y por miles de esclavos construida
erigió esta pirámide mortuoria.

¡Sueño estéril y vano! Ya la historia
no recuerda su nombre ni su vida,
que el tiempo ciego en su veloz corrida
dejó la tumba y se llevó la gloria.

El polvo que en el hueco de su mano
contempla absorto el caminante ¿ha sido
parte de un siervo o parte del tirano?

¡Ah! todo va revuelto y confundido,
que guarda Dios para el orgullo humano
sólo una eternidad: la del olvido.

28 de diciembre de 1879.

A UN TRAJIDOR AFORTUNADO

¡Goza, goza en tu infamia! La serena
y osada faz levanta satisfecho:
insulta la virtud, huella el derecho,
y arrostra la opinión que te condena.

Como lugar de crímenes que llena
de cruces la piedad, muestra tu pecho,
si para el vil a las perfidias hecho
son premio los honores y no pena.

¡Alienta pues! La multitud olvida,
el tiempo envuelve la verdad en dudas,
la historia engaña, el éxito sanciona.

Únicamente amargaré tu vida
la implacable conciencia, el juez de Judas,
que ni olvida, ni miente, ni perdona.

SONETO

Cuando el ánimo ciego y decaído
la luz persigue y la esperanza en vano;
cuando abate su vuelo soberano
como el cóndor en el espacio herido;

cuando busca refugio en el olvido,
que le rechaza con helada mano;
cuando en el pobre corazón humano
el tedio labra su infecundo nido;

cuando el dolor, robándonos la calma,
brinda tan sólo a nuestras ansias fieras,
horas desesperadas y sombrías,

¡ay, inmortalidad, sueño del alma
que aspira a lo infinito! si existieras,
¡qué martirio tan bárbaro serías!

14 de noviembre de 1879.

A MI MUSA

Con motivo de los terremotos de Andalucía

¡Oh Musa, que en el combate
de la vida, no has tenido,
a tu honor rindiendo culto,
lisonjas para el magnate,
injurias para el vencido,
ni aplausos para el tumulto!

Como en días de pelea,
si la lástima no embota
ni embarga tu pensamiento,
hoy alza tu canto, y sea
un gemido cada nota
y cada estrofa un lamento.

Ante el inmenso quebranto
de la hermosa Andalucía,
da curso a tu angustia fiera;

pero no te impida el llanto
proclamar ¡oh Musa mía!
la verdad, siempre severa.

Tus sentimientos acalla,
porque el celo inmoderado
al mísero desvanece,
y en esta humana batalla
quien adula al desgraciado
no le anima: le envilece.

Dile más bien: «¡Adelante!
Cumple tu ruda faena
y llora, pero trabaja;
que el varón firme y constante
los estragos de su pena
con el propio esfuerzo ataja.

»No estés al pie de las ruinas,
como inútil pordiosero,
indolente y abatido,
y al volver las golondrinas
labrarán en el alero
de tu nueva casa el nido.

»Ara, siembra, reedifica,
lucha contra la corriente
del infortunio en que vives,
y enaltece y santifica
con el sudor de tu frente
la dádiva que recibes».

Háblale así, Musa honrada,
y en tu noble magisterio
nunca profanes tu lira,
con la adulación menguada,
con el torpe vituperio
ni con la baja mentira.

1885.

FIN